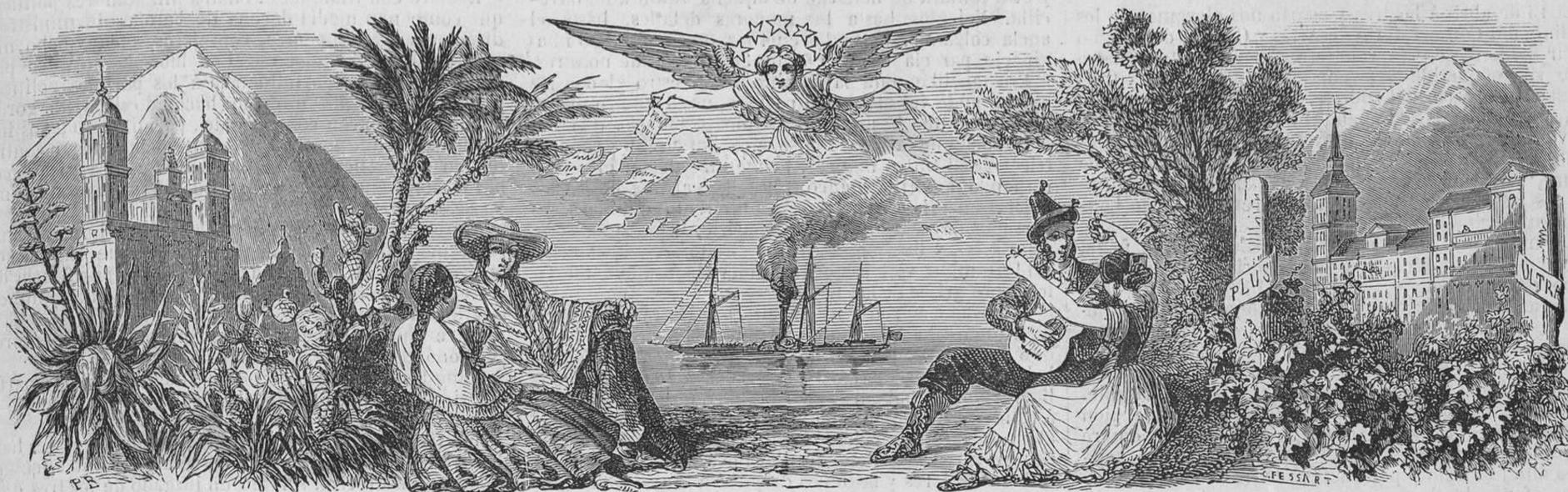


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 16 de la Moda.

1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 867.

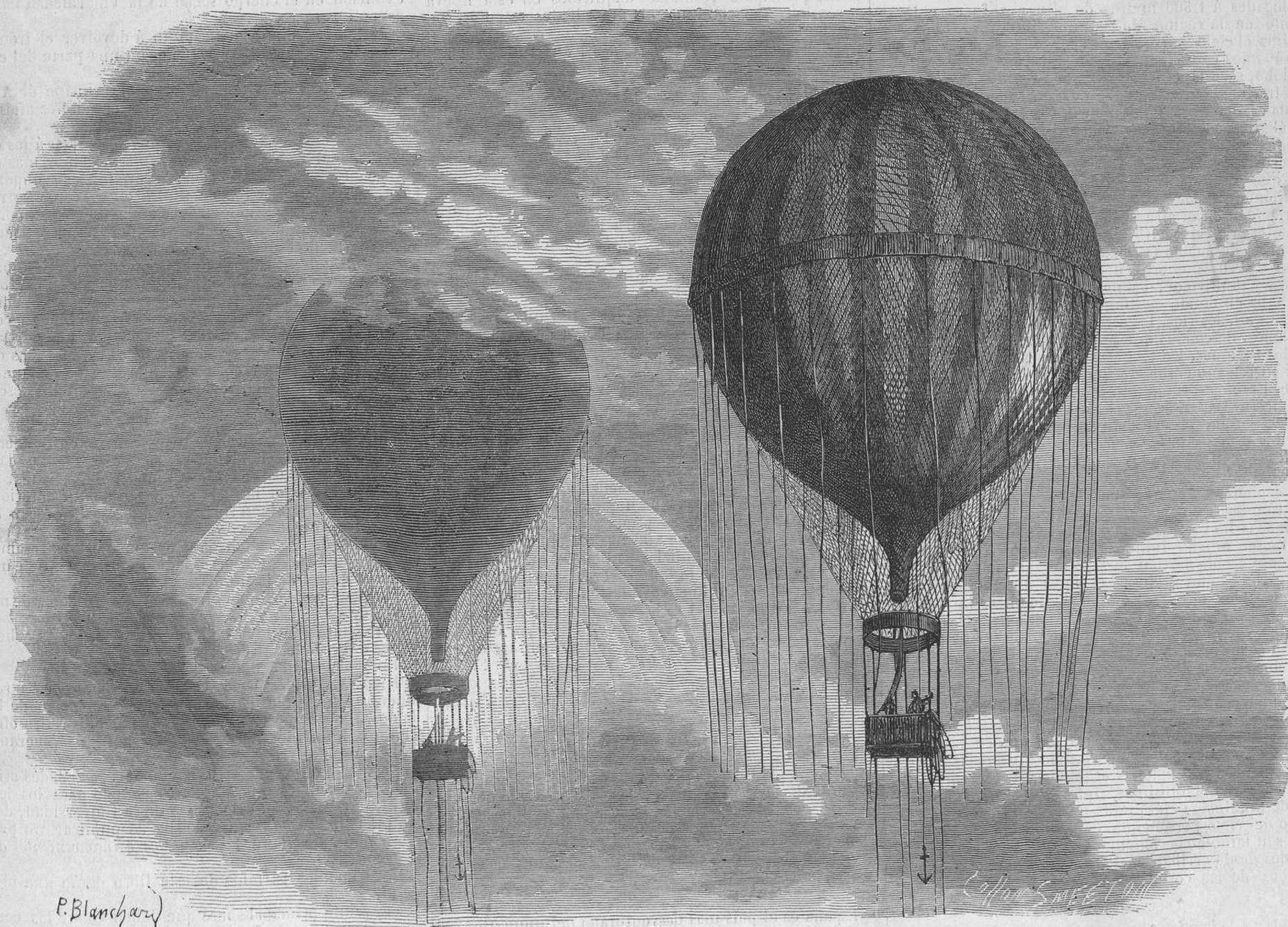
Administración general, pasaje Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Ascension científica; grabado. — Revista española. — Sir James Anderson; grabado. — Sir Daniel Gooch; grabado. —

El baron de Erlanger; grabado. — Revista de Paris. — El cable trasatlántico francés; grabados. — El Hospital Napoleon en Berck del Mar; grabado. — Curiosidad literaria. —

Fiesta de los marinos de Arcachon; grabado. — El del capuz colorado. — Las Bellas Artes disfrazadas, por Andrieux; grabados. — F. Buller; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



Fenómeno observado por M. Flammarion, en una de sus ascensiones aerostáticas.

### Ascension científica.

Entre las varias ascensiones científicas que ha efectuado ya M. Camilo Flammarion, hay una de la cual vamos á hablar, por los importantes resultados que en ella ha obtenido.

M. Flammarion relata de este modo los incidentes de su expedición aérea:

El 15 de abril á las tres y cuarto nos elevamos de los jardines del Conservatorio de Artes y Oficios, del mismo lugar desde donde emprendieron hace sesenta y cuatro años su memorable ascension, los señores Biot y Gay-Lussac en direccion al sudeste.

Acompañábame M. Eugenio Godard, y favorecidos por un viento bastante fuerte atravesamos Paris en diez minutos y saliendo de las fortificaciones á 950 metros de altura, volvimos de repente al Sur para dejar, 9 minutos despues, Bourg-la-Reine á la derecha y luego Longjumeau, bogando hácia Etampes.

Las nubes que cubrian á Paris desde por la mañana, no estaban extendidas en capa horizontal uniforme como parecia desde abajo, y como he podido ver ordinariamente en mis viajes anteriores. Llegados á 1,200 metros las hallamos inferiores á nosotros; á 1,250 metros entramos en una nube muy grande y la tierra desaparecia insensiblemente á nuestra vista: bogábamos en una esfera blanca y opaca, intangible y penetrable.

A menos de 200 metros mas arriba pasamos la region de las nubes y disfrutamos del espectáculo siempre magnífico de vernos colgando de una esfera de gas, aislados en el espacio y por encima de un océano sin límites, formado de inmensas aglomeraciones que se suceden, colinas y valles de vapor visible que se despegan hasta el horizonte celeste. A veces esas campiñas blancas y accidentadas que se extienden debajo de nosotros parecen sólidas y da la idea de saltar de la navicilla para poner el pié en esos troncos aéreos. Es una tentación á la que he podido resistir hasta ahora, dejando á los ángeles ese privilegio de densidad superior. A veces tambien, bogando velozmente sobre la campiña nebulosa y sembrada de abismos, se distinguen inmensas montañas blancas que se atraviesan sin sentir resistencia alguna. Pero nada iguala la impresion de radiante alegría que experimenta el alma cuando al salir de la esfera inferior contigua á nuestra triste tierra y al atravesar una pesada capa de nubes, se llega al mundo de la luz y del sol; así como tampoco nada iguala la penosa sensación que se siente cuando bajando de las alturas del cielo puro se vuelve á la esfera sombría en cuyo fondo se agitan las pasiones humanas.

Llegados á 1,500 metros de altura y fuera enteramente de la region de las nubes inferiores, teníamos encima el cielo puro, de un azul oscuro en el cual penetrábamos como por encanto. El calor solar calienta el globo, seca la cubierta, dilata el gas y aumenta así nuestra fuerza ascendente. Una hora despues de nuestra salida estábamos á 3,500 metros, y á las 4 y 40 minutos llegábamos á 4,150 metros de altura.

Difícil es expresar la impresion que se siente cuando se recorren esos vastos desiertos. No obstante la rapidez con que se viaja (nuestra velocidad era entonces de 55 kilómetros por hora), se cree uno inmóvil y lo está en realidad en el aire que marcha. Un silencio eterno é inalterable reina en esas grandes alturas. Cuando el cielo está despejado (el cielo inferior), se distingue la tierra en sus menores detalles como una llanura inmensa y multicolor; las montañas aparecen llanas: es un mapa en donde se dibujan los prados, los bosques, los campos, los rios, los arroyos, los caminos y las poblaciones. Se conoce que hay una gran diferencia entre las dos regiones. En la tierra está la vida universal; aquí en estas solemnes regiones, la vida se halla ausente. Entonces suele uno contemplar con admiración esa tierra tan rica y poco apreciada, y se sorprende uno de que en el seno de esa naturaleza tan bella y apacible el hombre forme á veces sus batallones destructores y turbe con su sanguinario furor el foco de una vida tan gloriosa.

El esplendor y la majestad de los grandes espectáculos atmosféricos dejarían en el alma la mas bella impresion, si no fuera por ciertas sensaciones materiales que tienen mucho influjo. No es posible calificar de dolor ese estado particular, y yo me inclino á creer que si el globo se elevase hasta el límite de la esfera de la vida posible, el organismo se extinguiría insensiblemente en un dulce letargo. Pero aunque el padecimiento no sea fuerte, ese estado de malestar neutraliza mucho el entusiasmo del pensamiento.

Además de las observaciones científicas referentes á la meteorología, á la física del globo y á la astronomía que ocupan constantemente al observador y que le absorben tan completamente que yo he pasado á menudo noches enteras y hecho travesías de quince horas sin advertir la duracion del viaje, las circunstancias locales y variables de las regiones atmosféricas reservan á veces sorpresas notabilísimas. Tales son las magnificencias de la salida y la puesta del sol observadas desde lo alto del cielo por encima del océano de las nubes. Tales son tambien los fenómenos de las tempestades observados desde arriba, los de la coloracion de la atmósfera, los de las coronas, los halos lunares y los mirajes (1).

(1) Efecto de la refracción: fenómeno que representa á lo lejos en el horizonte un objeto que no existe.

Quando llegábamos á la superficie superior de las nubes y me ocupaba yo en anotar la marcha del higrómetro, distingo de repente delante de nosotros un globo parecido al nuestro, ó mejor dicho su parte inferior, de la cual colgaba una navicilla con varios instrumentos y dos viajeros. Agito la manoderecha y uno de aquellos viajeros agita la izquierda. Godard hace ondear la bandera y la sombra de otra bandera se agita en la sombra de la mano de aquella sombra de globo. Arroja flete, y otra sombra de flete cae de aquella sombra de navicilla. Veíamos hasta los menores detalles, hasta el ancla colgando, hasta las cuerdas, pues el globo imaginario parecia estar á unos 30 metros de nosotros.

Era sencillamente la sombra de nuestro globo. Me volví y pude ver el sol á la parte opuesta que se distinguía como una hostia luminosamente blanca sin brillo.

En torno de la navicilla se sucedían círculos concéntricos de distintos matices. Primeramente en el centro un fondo amarillo blanco sobre el cual resaltaban los objetos en gris oscuro. Luego un círculo azul claro. En derredor de este un anillo amarillo, luego una zona roja gris, y finalmente, como circunferencia exterior un leve matiz violeta que se fundía insensiblemente en los tonos grises de las nubes.

Al llegar á nuestra mayor altura mientras el termómetro marcaba á la sombra 12 grados bajo cero en tanto que un sol ardiente nos abrasaba la cabeza, y habiendo bajado el higrómetro de 77 grados á 20, unas nubes ligeras que se habian mostrado sobre nosotros vinieron á condensar el globo dando principio á su caída. En algunos minutos bajamos dos kilómetros de altura. Gracias á nuestro flete no llegamos á la capa de las nubes inferiores y bogamos despues á unos 1,500 metros de altura. Bueno será observar que nos creíamos inmóviles y que yo no conozco esta caída sino por la observacion de los instrumentos.

Siguiendo la línea (al Este) del ferro-carril de Orleans y estando cerca de una hora encima de un tren que se alejaba de Paris y que marchaba con menos rapidez que nosotros á pesar de su ruido infernal, dejamos sucesivamente á nuestra derecha Angerville, Arthenay y Chevilly; y luego inclinándonos mas y mas hácia el Oeste y bajando poco á poco, dejamos á nuestra izquierda Orleans y bogamos por encima del Loira como unos 20 minutos; por último, dejamos Meung á la derecha y vamos á echar el ancla á Beaugency despues de haber recorrido 144 kilómetros en 3 horas 42 minutos. Prolongando nuestro camino durante la noche, habíamos pasado á la izquierda de Tours á eso de las ocho y media y habíamos llegado antes de las doce á Napoleon-Vendée y al Océano, lo que no habria tenido nada de agradable.

Los principales resultados adquiridos en esta nueva ascension, que continúa mis precedentes estudios, son los siguientes:

1º La *humedad* relativa del aire se aumenta primeramente hasta cierta zona en donde llega á su maximum, y disminuye despues hasta las mayores alturas; esta zona se hallaba el 15 de abril á 1,150 metros sobre la tierra.

2º La *sequedad* del aire en las regiones superiores aumenta su *trasparencia por el calor*, su poder diatermano y los efectos de la radiacion solar.

3º Las *corrientes de la atmósfera* sufren todas en Francia la influencia de una desviacion general hácia el sudoeste, la cual se explica por el cambio de las moléculas de aire del Norte hácia el Sur y por la rotacion de la tierra.

4º La temperatura del aire disminuye constantemente segun la altura.

5º La intensidad del *sonido* se trasmite de arriba abajo incomparablemente mejor que de arriba abajo ó en el sentido horizontal.

Los instrumentos de una sensibilidad especial, fueron comparados á la salida con los tipos del Conservatorio.

Debo limitarme á indicar aquí los principales resultados adquiridos ó confirmados en este nuevo viaje aéreo. Seria supérfluo llamar la atencion acerca de la utilidad y la importancia de las observaciones que deben servir para fundar la meteorología, ciencia que está casi por crear. ¿No es extraño ver que hoy podemos producir los fenómenos celestes que se producirán dentro de cinco mil ó diez mil años y que aun nos hallamos en la absoluta incapacidad de anunciar el tiempo que hará mañana? ¿No ha llegado la hora de crear por fin la ciencia que debe estar en íntima correlacion con toda la vida terrestre? Al menos tal es la esperanza que abrigan los que se entregan á los estudios que tienen por objeto el conocimiento de las fuerzas misteriosas en accion en nuestra atmósfera.

C. F.

### Revista española.

Un grito de dolor. — Lo que podia ser España y lo que es. — Los hombres políticos. — La anarquía. — Crímenes. — La lucha. — Elementos contrarios. — Un horroroso atentado en una estacion de baños. — Cambio de decoracion. — El matrimonio. — Arte de distinguir á los *cursis* de los que no lo son.

España es el pais mas desventurado del mundo. Permitanme Vds. que me desahogue. No hay una nacion que posea tantos elementos como

la de España para hacer la felicidad de sus naturales.

El suelo es fértil, un verdadero tesoro. El cielo... es lo que se llama un cielo, basta mirarle para sentir el alma inundada de júbilo.

Hay honradez, familia, buenas costumbres, todo lo necesario para vivir en paz, y sin embargo, no se puede vivir en España.

La maldita política es entre nosotros la manzana de la discordia.

Hablaré con franqueza: cuatro mil hombres políticos que componen media docena de barajas de ministros, directores, gobernadores, consejeros, etc., y ocho mil caciques que revuelven los pueblos dando votos por empleos y prestando influencia á los partidos políticos para que estos los protejan haciendo la vista gorda cuando introducen contrabando, permitiendo á los investigadores que se olviden de que deben pagar contribucion y cometiendo otros mil abusos: hé aquí los *doce mil hombres* que tienen convertida á España en un campo de Agramante.

Entre tanto la mayoría del pais sufre y busca posturas como el enfermo, sin comprender que su mal es orgánico, que está en la sangre, y que sin purificarla de esa enfermedad que se llama ambicion política, nunca estará bien.

La revolucion, como todos los remedios heróicos, proporcionó al paciente algun alivio.

Como los específicos de los curanderos, alivió la parte dolorida, y al poco tiempo la llaga se ha extendido á todo el cuerpo.

Hoy vivimos en plena anarquía, las pasiones se han desarrollado, los crímenes se cometen con una fecundidad que horroriza, solo en un juzgado de los tres que tiene la ciudad de Málaga, hay 500 causas; en Madrid se ha formado una sociedad para apalear á los redactores de los periódicos que no rinden culto al liberalismo y para destruir sus imprentas, cinco ó seis atentados de estos se han cometido con la mas escandalosa impunidad, perdido el respeto á la autoridad, el amor al orden, en una sesion de la diputacion de Jaen, un diputado abrió la cabeza con un garrote al vice-presidente, delante del gobernador y de los demás diputados provinciales, los asesinatos y los robos se repiten, y para completar este cuadro horroroso, empieza en los momentos en que escribo una lucha que Dios sabe cómo y cuándo terminará.

Enfrente del gobierno están:

1º Los republicanos, que tienen asamblea política y una perfecta organizacion política.

2º Los carlistas, que tienen á su lado á todos los que no siendo políticos quieren á toda costa la restauracion del orden, el respeto al principio de autoridad, y la extincion en el cuerpo social de la enfermedad llamada política.

3º Los isabelinos, que aspiran á devolver el trono á Doña Isabel, contando para ello con una parte del ejército.

4º Los alfonsinos, que quieren al príncipe de Asturias con una regencia, esto es, con ocho ó diez años de interinidad.

Dios se apiade de nosotros, y nos dé fuerzas á los que vivimos del trabajo, á los que no queremos mas que paz y orden, para enseñar á los revoltosos su impotencia, para unirnos y luchar contra ellos, como se reunen los pastores cuando el lobo amenaza su rebaño.

Mi revista de hoy es lúgubre. ¿Cómo no ha de serlo? A los crímenes que he referido puedo añadir otros. En una estacion de baños se presentaron diez hombres, asaltaron á los bañistas, mataron á unos cuantos, robaron hijas de quince y diez y ocho años á sus padres, mujeres á sus maridos, y á estas fechas no han sido castigados.

Este estado de cosas hace que todas las personas que pueden se vayan á vivir al extranjero, y que los que no pueden por vivir del trabajo, se queden en los descarnados brazos de la miseria.

¡Pobre España!

No teniendo asuntos agradables para entretener á mis lectores, ofreciéndome los sucesos recientes datos amenos, voy á buscar en las últimas publicaciones, recursos para borrar la mala impresion de mis anteriores líneas y ofrecer algun solaz á los que me favorecen leyendo mis revistas.

A pesar de la desdichada situacion que atravesamos, nuestro mal no es tan desesperado que no nos deje mas camino que el de la tumba.

No: hay por fortuna entre nosotros elementos de moralidad.

En cuanto arree el peligro, las fuerzas vivas y honradas del pais le salvarán.

En 1869 seremos dignos de 1808.

Mientras que los periódicos se destrozan unos á otros, mientras que en los clubs salen ascuas de fuego de los labios, hay escritores que desde su modesto retiro ofrecen á la humanidad páginas llenas de fe, de esperanza y de consuelo.

El matrimonio, que es la base de las sociedades cristianas, es siempre interesante, sobre todo para los lectores. Pues bien, un catedrático de la Universidad, don Antonio M. Garcia Blanco, acaba de publicar un precioso opúsculo sobre las *Ventajas é inconvenientes del matrimonio*.

Unos cuantos párrafos de este libro darán una idea de él.

«El punto principal sobre que deben versar los consejos ó consultas de familia, dice el escritor, es el examen de las ventajas é inconvenientes que ofrece el estado del matrimonio respecto del celibato, mirados uno

y otro bajo todos sus aspectos, ya con relacion al individuo ó á la sociedad, ya con respecto á lo presente ó á lo porvenir, ora se mire á lo útil ó á lo agradable, ora á lo material ó á lo espiritual, ora en fin á lo temporal ó á lo eterno. Estas consideraciones solo pueden hacerse á la presencia y con la ayuda de personas entendidas y discretas, y por eso dijimos que antes de contraer una jóven el matrimonio, debia provocar ella misma ciertos consejos de familia, y prestarse dócil á lo que de ellos resultase. Mas para que los padres puedan tener alguna norma en esta materia nueva y difícil y nuestras discípulas sepan con la debida anticipacion los peligros ó seguridades, las garantías ó inconvenientes que ofrece el estado conyugal, vamos á discurrir unos momentos sobre esta manoseada cuestion ó cotejo del matrimonio con el celibato ó soltería.

Esta vulgarísima competencia no puede en nuestro concepto, dirimirse mientras no se descienda del alto y ancho campo de las generalidades á la llana arena de las circunstancias y casos particulares: porque si no se atiende mas que á lo que el matrimonio es en sí, unas veces, á unos parecerá lo mas tiránico y absurdo, mientras que á otros, y en otros casos, se presentará como el estado mas dulce y satisfactorio que ha podido escogitarse. En efecto, si se atiende solo á lo que el matrimonio es en sí, esto es, si se considera solo que él es un contrato civil, elevado entre los cristianos á la razon de sacramento, en el que un hombre y una mujer se prometen mutuamente union indisoluble, fidelidad y amor, bajo las garantías sociales y la fe sacramental, cualquiera podrá ver en este acto un conjunto de bienes y de males, de incomodidades ó placeres, de felicidad ó afliccion de espíritu, que no le será fácil decidirse en abstracto y sin contraerse á casos particulares, por ninguno de los dos extremos, ni conocer á qué lado debe inclinarse la balanza de un recto juicio. Porque si se mira á solo el individuo que contrae, ¿qué mezcla de ventajas ó inconvenientes no se ofrece luego á la vista? Unos dirán: estado cruel que liga al hombre ó á la mujer, para toda su vida, á cierto orden de obligaciones, que por este solo hecho ya se hace insoportable su cumplimiento; otros dirán: feliz enlace, que asegura para siempre la posesion del objeto mas amado: el misántropo miserable dirá: irvencion inútil que solo proporciona aumentar las penalidades humanas y los gastos, agregando á las necesidades propias, insoportables ya de suyo, las de la consorte: el hombre benéfico y generoso le llamará artificio divino para obligar á todo hombre á ser humano, origen de la beneficencia, primer ensayo de amor y filantropía: el apático ó de temperamento flemático y lánguido lo juzgará innecesario; mientras que el de pasiones violentas, el jóven fogoso lo llama indispensable, argentino, celestial, divino.

Si se atiende á lo que tiene de social, puede decirse con igualdad de razon que es esencial á ella y que le es dañoso; lo primero en cuanto mira á unir á los hombres y procurar su propagacion, lo segundo en cuanto vincula la propiedad y coarta hasta cierto punto la libertad y soberanía humana. Si lo juzgamos por el momento y el porvenir, no hay cosa mas vaga, unas veces nos parecerá utilísimo, otras innecesario, atendido el lento curso con que procede naturaleza, ó el mucho tiempo que se necesita para llegar á coger todo el fruto de un matrimonio feliz, y los fugaces pero satisfactorios halagos con que convida á los mas sagrados deberes. Si partimos del principio de una vida corta y penosa, podrá mirarse el matrimonio, por unos como el mejor medio de acortarla mas y hacerla mas y mas infeliz; por otros, como el colmo de la felicidad humana, como el único recurso de hacerla llevadera, ó cuando menos, como el estado mas conforme, por sus fugaces ilusiones, al estado fugaz y de transeunte que tiene el hombre sobre la tierra. En fin, quien solo mire á la eternidad puede ver en el matrimonio ó una vida de ángeles y noviciado del cielo, ó un ensayo penosísimo del infierno, segun que la vida de los casados sea ó no conforme á los principios de eterna razon, de rigurosa justicia, de sana moral natural y evangélica.

Es pues una quimera, una cuestion interminable, el querer decidir en abstracto y sin contraerse á casos y circunstancias particulares, si el estado conyugal es mas ventajoso que el de soltería, ó al contrario: para unos y en dadas circunstancias, será el mejor camino de llegar á la felicidad, mientras que para otros, y tal vez por falta del debido consejo, es, como vemos con tanta frecuencia, el lazo mas peligroso y bien tendido que el enemigo comun del linaje humano le dispone para hacerle caer en su mayor desgracia y apartarlo de su alto y nobilísimo destino. Por lo mismo, solo los padres, en consejo con sus hijos ó hijas, podrán ó deberán tocar esta cuestion con fruto, si saben estimar en su justo valor las circunstancias particulares en que unos y otros se encuentran. Y ¿cuáles son los datos que pueden servir para resolver este gran problema, que tan divididos tiene los ánimos, así del vulgo como de los mejores políticos y moralistas? Los siguientes: 1.º Constitucion física, salud, robustez y desarrollo conveniente de la persona. 2.º Inclinationes morales, sentimientos nobles y generosos, *filantropía* de los contrayentes. 3.º Capacidad intelectual, cultura de las facultades del alma, é instruccion de los deberes conyugales paternos ó maternos. 4.º Habilidad, arte, oficio ó industria para proporcionarse el sustento propio y el de su familia, si llegare á formarse, ó para cuidar y dirigir una casa. 5.º Sobriedad, pureza de costumbres, moralidad de acciones, palabras y sentimientos. 6.º Lecciones de la experiencia en los antecedentes que haya de la familia. 7.º Estado de la

opinión pública respecto á creencias, oficios, ocupaciones y modo de vivir y portarse.

Con tales datos no será imposible fallar con acierto sobre la conveniencia ó inconveniencia de tal ó cual matrimonio que se sujete á exámen: si por ejemplo, se presenta á ser calificada una persona cuyo físico está sano, robusto y bien constituido; cuyos sentimientos son nobles y generosos á su modo, con disposicion al trabajo, á arduas empresas, á procurar á cualquiera costa el bien de sus semejantes; si manifiesta talento y lo ha cultivado de algun modo, estando medianamente instruida ó instruido en los deberes conyugales, sociales y religiosos; si el estado de su fortuna ó su industria responden de poder con el tiempo soportar los gastos y dispendios que son consiguientes al matrimonio; si el consorte ó la consorte á quien piensa ligarse, manifiesta no estar inficionada con la depravacion ó inmoralidad general que nos aqueja; en fin, si las lecciones de la experiencia en casos iguales de su familia le son favorables, ó al menos no dan nada que temer, bien puede pronosticarse que el matrimonio para esta persona será un estado ventajoso, satisfactorio, feliz. Pero por el contrario, un físico endeble, un espíritu encogido, tímido, egoísta; un entendimiento estúpido ó inculdo, ó tan suspicaz, que vea mas allá de lo que la prudencia dicta; una fortuna miserable, ó una indolencia, una pereza, una insensibilidad marmórea; y si por desgracia la voz pública propala algun ejemplo poco favorable de falta de carácter, de crueldad, de holgazaneria, de discordia, de coqueteria ó temeridad en la familia, indicantes son muy poderosos para sospechar cuando menos, y aun temer un matrimonio desventurado. Si pues la suma de las ventajas es mayor que la que ofrecen los desfavores, el matrimonio es preferible, y lo será tanto mas, y será tanto mas feliz cuanto mayor sea el número de ellas.»

¿No es cierto que todas estas observaciones son en extremo interesantes?

Seguro estoy de que despues de conocerlas, el ánimo del lector, tranquilizado, saborea las dulces emociones que ha despertado en su alma el escritor.

Tanto mejor si es así: con eso verá con gusto las humorísticas observaciones que ha hecho un jóven escritor que vale mucho, Santiago de Liniers, en un *Arte de distinguir á los cursis de los que no lo son*, libro precioso y en extremo ameno que voy á dar á conocer, porque sus lecciones son de gran utilidad en los tiempos que corren.

Son páginas arrancadas del libro de la vida moderna. Las figuras que traza palpitan.

«Si á una niña bonita y presumida, dice el observador, si á una de esas lindas muchachas que viven en un barrio retirado y en una calle estrecha, que no salen de paseo mas que los domingos, que no estrenan vestido mas que el Juéves Santo y el Corpus, y que entre zurcir la ropa de sus hermanitos, leer novelas de Escriche y hacer guiños á un alférez de caballería, ó á un alumno de administracion militar pasan todos los dias que no son domingos y todas las fiestas que no son el Corpus ni el Juéves Santo;... si á una de estas niñas le preguntais qué cosa sea una *cursi*, enseñándoos por entre los tiestos de su balcon un pobre estudiante de veterinaria que, destrozada la capa, grasiento el sombrero, torcidas y destalonadas las botas, pasea por su calle en los ratos que le dejan libre el alumno y el alférez, os responderán sin vacilar:

— ¡Vaya! ¡qué guasa tiene Vd.!: ¡ese es un *cursi*!

Si esa misma pregunta se la dirigis á una de esas damas de posicion incierta, cuya hermosura, talentos ó accidental encumbramiento de su marido coloca en medio de la sociedad mas aristocrática y escogida, sin que por su nacimiento, fortuna ó enlaces pertenezca á ella, os responderán sonriendo indulgentemente de vuestra ignorancia, y señalando con el dedo á la niña dominguera que con todas sus galas se pasea al lado de su novio por la carrera de la procesion.

— Si quiere Vd. un *échantillon* de la especie, ahí tiene Vd. uno bien acabado.

Pero si á una duquesa (de verdad) la rogais que os enseñe un *cursi*, al oido, si sois bastante dichoso para obtener de ella esta confianza, os dirá cuando Fulanita toque el piano ó Menganita haga á cualquiera de sus adoradores uno de esos cumplidos de caracolillo tomados evidentemente de la última novela francesa que hayan leído:

— Mire Vd., ella se pondria furiosa si lo supiera; pero para mí, Fulanita (ó Menganita), es una solemnisima *cursi*.»

Hé aquí el modo de escribir y pintar á la vez.

El filósofo anima al artista, este pide á la imaginacion colores, y entre los dos trazan el cuadro.

«De estos ejemplos aislados, prosigue el escritor, que cualquiera de mis lectores puede comprobar cuando guste, se deduce: Que el ser *cursi* ó parecerlo no es una cosa esencial, ni una idea absoluta, sino una cualidad derivada, una idea de relacion que varia segun los términos con que se compare.

El veterinario parece *cursi* á la niña dominguera; la niña dominguera es calificada de *cursi* por la melindrosa dama de medio pelo, y la desdenosa duquesa trata de *cursi* á la dama que sin ser duquesa, alterna con ella de igual á igual.

¿Pero en definitiva lo son? Lo es la dama de medio pelo, cuando quiere competir con la duquesa; lo es la niña dominguera, cuando sale al Prado ó á la Castellana, afectando un lujo y unas maneras que no conoce mas que una vez al mes; lo es el veterinario que quiere rivalizar con el bizarro alférez y el sentimental aspirante. Colocadlos á todos en sus respectivos centros so-

ciales; considerad al veterinario cambiada su raída levita en un gracioso marsellés, desechadas las botinas de charol y calzada la polaina de cuero blanco que dibuja su robusta pierna, arrumbado el chaleco de flores amarillas y ceñido el cuerpo con la faja de grana, sin la ridícula chistera, con el calañés en la coronilla y una bandurria entre las manos punteando unas provocativas seguidillas, y tendreis en él un mozo de rumbo, un hombre elegante. el don Juan de Alcobendas, ó Marchamalo, de las Peñuelas ó de la Mala de Francia.

Lo mismo os sucederá con la niña dominguera. La que el dia del Corpus retocada, sin soltura, sin gracia, os pareció ridícula, la encontráis deliciosa cuando sencilla y sin pretensiones, vestida de percal, con una flor en el pelo, la veis en su balcon de la calle de la Estrella recoger una enaguilla de su hermanito, ó echar la muy inocente, una guarnicion á su vestido de seda, con que al otro domingo la vais á encontrar insoportable.

Nada diremos de la dama pretenciosa: trasladada á una sociedad de personas de su clase, ó á una provincia, sus talentos y su hermosura la harian, sin esfuerzos inútiles, reina de las tertulias y soberana de la moda.

Creemos pues fijar de una manera positiva el ridículo que procede de lo *cursi*, diciendo de él que es una aspiracion no satisfecha; una desproporcion evidente entre la belleza que se quiere producir y los medios materiales que se tienen para lograrla.»

Y yo añado que en este caso podemos completar una célebre frase diciendo: el siglo XIX es el siglo del vapor, de la electricidad y de los *cursis*.

«El ser *cursi*, añade el humorístico escritor, es pues independiente de la posicion, de la riqueza y hasta de la belleza natural de un sugeto.

Un millonario que, nacido y educado fuera de las leyes del buen gusto, se empeña en tenerle, aunque todos los arquitectos, pintores, literatos, mayordomos y sastres del universo se empleen en construir, decorar y alhajar sus palacios, en pulir é ilustrar su espíritu, en educar su trato y en vestir su cuerpo; palacios suntuosos, bailes y comidas espléndidas, cartas familiares, maneras, todo, en una palabra, trascenderá tanto mas á *cursi*, cuanto mayores esfuerzos haga por disimular el olorcillo.

Habrá mil detalles que no podrá confiar á manos extrañas, y en ellos dará de cabeza: si el palacio es grandioso, hará por su cuenta una garita para el perro ó para el portero que lo estropeen; si tiene buenos cuadros, los colgará de cordones ridículos, ó como un millonario que yo conozco, les pondrá cristales para que no se estropeen.

Si le regalan una edicion gótica, la encuadernará con tapas de marfil.

No podrá resistir al deseo de colocar encima de una chimenea del renacimiento una cigarrera de plata figurando una locomotora.

No se decidirá jamás á quitar los fanales de cristal que preservan del polvo á unos candeleros de bronce.

Si es viejo la echará de jóven.

Si es jóven afectará aire gasiado y caduco.

En una palabra, será *cursi*, *cursi*, *cursi*, mas que el albañil que amasó el yeso para su palacio; porque este se contenta con serlo, y él quiere pasar por hombre de gusto no siendo mas que hombre rico, que es como si el albañil se diese tonos de arquitecto.

No todos los millonarios improvisados son *cursis*. En todo hay excepciones.

Hay unos (y estos son los mengs) que con el dinero adquieren hábitos de elegancia y de buen gusto.

Hay otros (y estos son los mas) que con el dinero adquieren el hábito y la costumbre de guardarlo.

Estos son entes avaros, pero no *cursis*, porque no quieren pasar por elegantes ni artistas.

Sus dehesas no tienen pretensiones de parques; sus magníficas casas no tienen pretensiones de palacios, y ellos no tienen pretensiones de nada. Se jactan de vestirse en las roperías como en los tiempos en que eran dependientes de la lonja de ultramarinos, testigo de sus primeros ensayos en el comercio.

Son seres especiales que no distinguen la porcelana de Sévres de la loza de Sargadelos, que creen que Murillo es director del museo, que prefieren los *Magiares* á *Guillermo*, que se extasian en la *Pata de cabra* y se duermen en el *Alcalde de Zalamea*.

Cuando delante de ellos se trata de cualquiera cuestion de arte, de literatura ó de política, se encogen de hombros, y por poco que se les apure, confiesan ingenuamente que son unos bestias.

Cuando nos hablan á nosotros los pobretones, ó nos oyen hablar, que es lo mas frecuente, parecen poseidos de inocente admiracion hácia unos seres que saben tantas cosas, y nunca han sabido hacerse ricos.

Pero en el fondo están poseidos del mas alto desprecio hácia los infelices que escriben libros, y cuyos nombres no figurarán nunca en el gran libro de la Deuda.

No, no; esos no son *cursis*; son simplemente hombres de dinero.»

Esta es la sonrisa de Mefistófeles, personaje que en nuestra época vive en todo su apogeo.

«La palabra *cursi*, dice por fin Liniers, que en un principio solo se empleaba para motejar los extravíos del buen gusto en materia de traje, se aplica hoy en un sentido mas general y comprensivo.

Hay libros *cursis*: casi todos los que tratan de la influencia de una cosa sobre otra; los de *Importancia*, *Exámen*, *Idea* y *Reseña*; todos los de *Paralelo*, y en general cualquiera que se publique en España con intencion de que se lea. Poesias *cursis*: hoy refugiadas en los albums y poco temibles.



Sir James Anderson.

### Sir James Anderson.

El capitán James Anderson nació en 1824 en Dumfries (Escocia), y es hermano de M. Anderson, el gran impresor de Edimburgo. Principió su carrera en la marina mercante en 1841, bajo las órdenes de M. Brocklebank, de Liverpool, con quien permaneció nueve años haciendo el comercio de las Indias orientales y occidentales y de las costas Oeste de la América meridional.

En 1850 entró de capitán en la compañía Cunard, y le dieron el mando de los vapores del Mediterráneo y del Atlántico. Posteriormente, cuando se necesitó un capitán experimentado para el *Great-Eastern*, la Compañía confió este puesto tan difícil a sir James Anderson, y la experiencia ha demostrado que el capitán era digno del mando que le confiaban. Dícese ahora que el capitán del *Leviathan* quiere retirarse, y que ya no dirigirá la próxima expedición del *Great-Eastern*; pero nosotros vacilamos en dar crédito a esta noticia. Los servicios que ha hecho Anderson como capitán del *Great-Eastern*, aconsejarán

Discursos *cursis*: los de grado de doctor y los de presentación de un ministro al personal de su dependencia; todos ellos tienen por objeto ser oídos y no se oyen; y cuando se oyen, en vez de enternecer hacen soltar la carcajada.

Conversaciones *cursis*: las atmosféricas, las sanitarias, las de economía doméstica y las íntimas, tales como confesión del número de callos y declaración de muelas podridas; en general, todo lo que habla un hombre cuando debía callarse.»

No seguiré en este análisis, que nos llevaría demasiado lejos. La pesadez es la peor de las *curserías*.

Y no teniendo nada más que decir, os suplico pidais como yo al Todopoderoso que nos libre de los políticos.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de julio de 1869.



El baron de Erlanger.



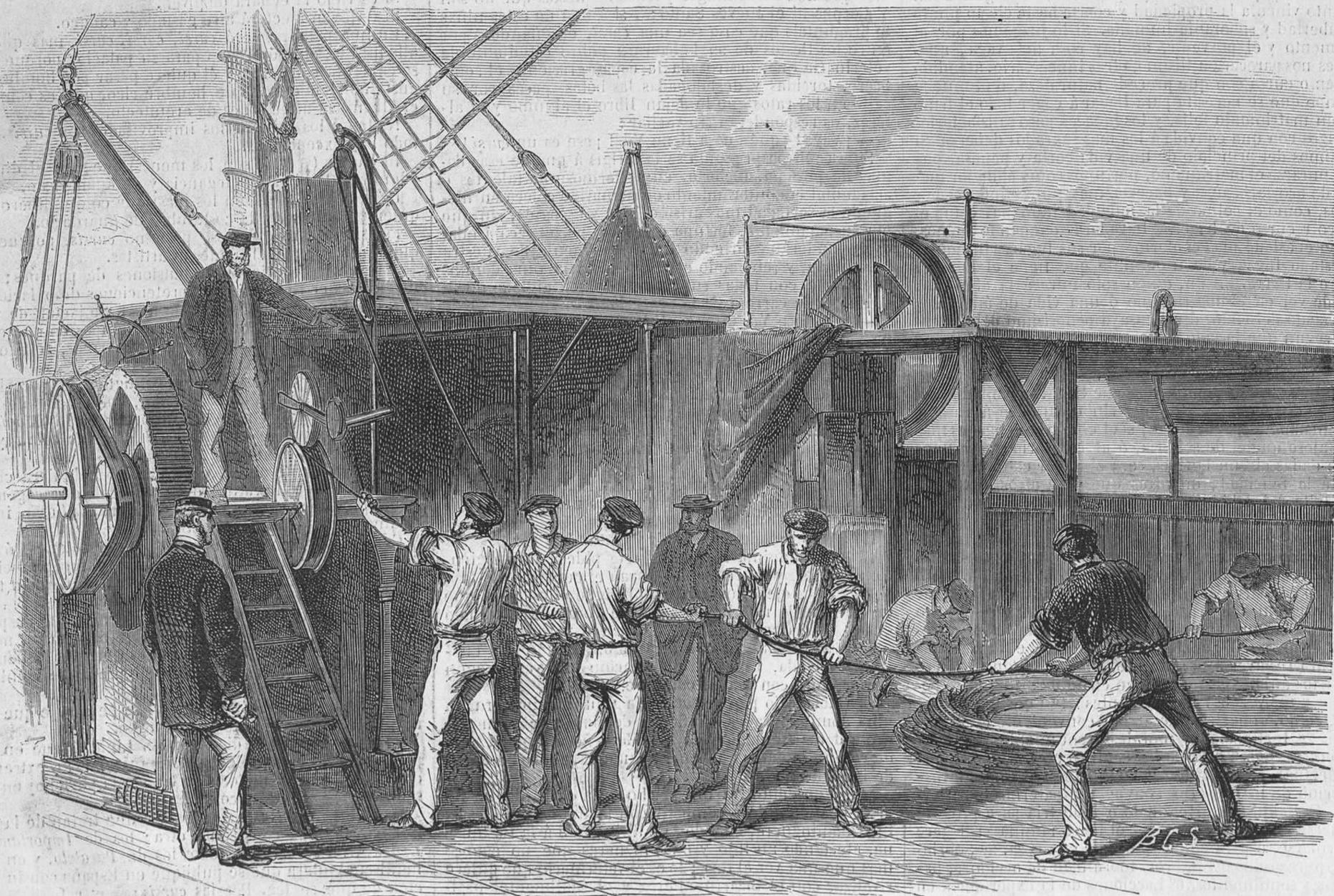
Sir Daniel Gooch.

á los dueños del coloso que se asegure su concurso, y sin duda le volveremos á ver en su puesto en la nueva expedición proyectada para la colocación de un cable submarino en el mar de las Indias.

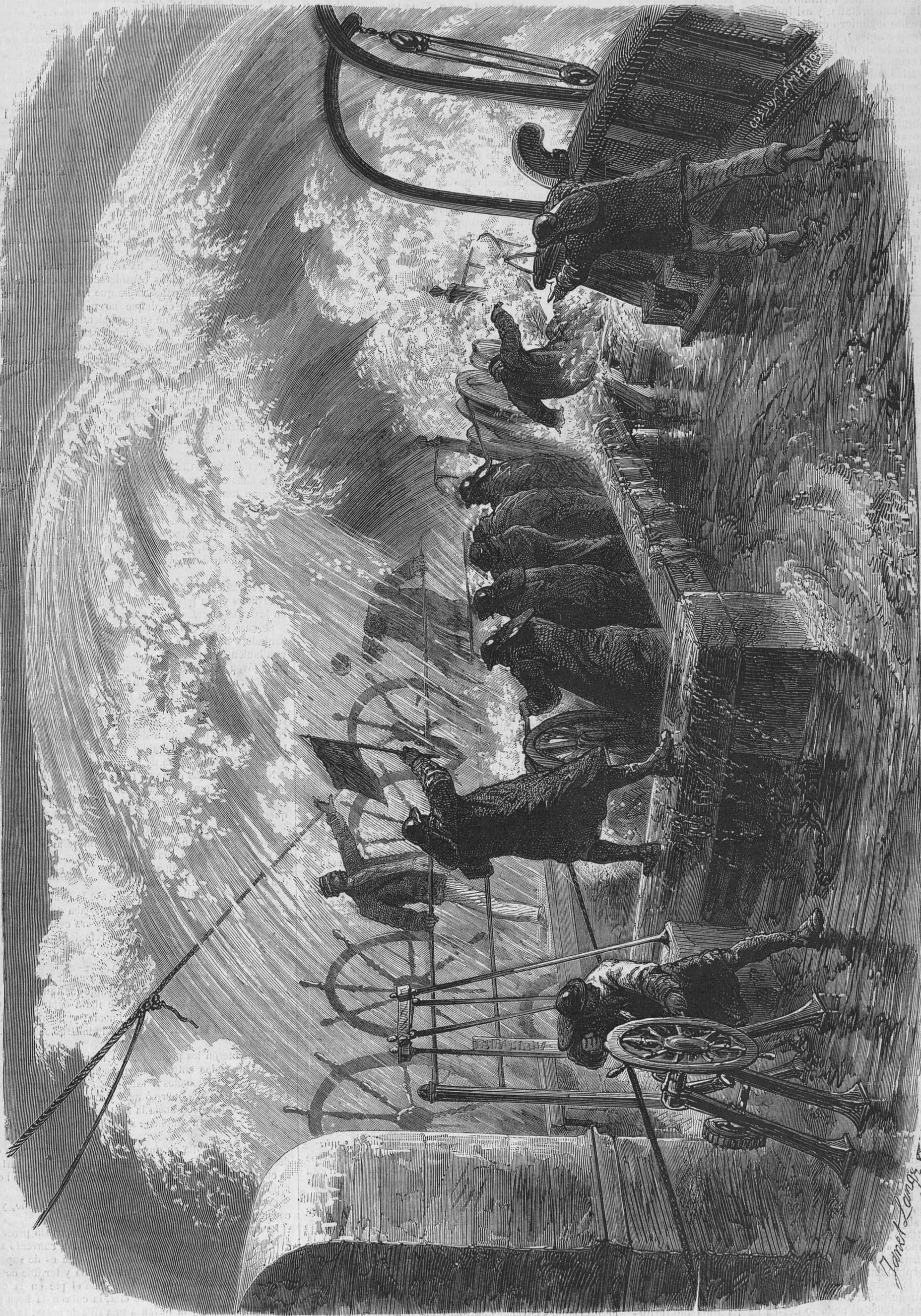
H. V.

### Sir Daniel Gooch.

Sir Daniel Gooch nació en Bedlington, en el Northumberland. Desde muy joven se inclinó al estudio de las cuestiones relativas á la ciencia, la industria y los negocios, y tuvo la buena suerte de encontrar por maestro al ilustre R. Stephenson. Sir Daniel Gooch ha pasado, en clase de ingeniero, veinte y siete años de su vida en los grandes establecimientos metalúrgicos de Inglaterra.



Cable trasatlántico francés. — Aparato para levantar el cable, funcionando el 24 de junio.



El cable trasatlántico francés. — La popa del *Great-Eastern*, durante la ventolera del 30 de junio.

J. Langet-Lavigne

Tan importantes trabajos debían colocar á sir Daniel Gooch en primer término entre los hombres especiales de la Gran Bretaña, y así fué que le nombraron sucesivamente ingeniero en jefe de la gran Sociedad *Western railway company*, la compañía modelo de los ferro-carri-les ingleses, de la que es hoy presidente. En cuanto se reconoció como posible la aplicación de la telegrafía eléctrica submarina, sir Daniel Gooch fué uno de los primeros ingenieros de Inglaterra que se interesaron en este nuevo progreso de la ciencia, y hoy es presidente de la Sociedad de construcción de telégrafos.

También ha sido sir Daniel Gooch uno de los osados innovadores que crearon el *Great-Eastern*, y cuando el gigante de los mares se vendió por 25,000 libras, sir Daniel Gooch no vaciló en tomar un interés en la propiedad del navío-monstruo que destinaba á la inmersión de los cables submarinos.

Sir Daniel Gooch ha sido recompensado por los servicios que ha hecho á la industria inglesa: ha recibido el título de baron por la parte que tomó en la inmersión del cable trasatlántico inglés de Valentia á Terranova, y ocupa un sitio en el Parlamento en las filas del partido conservador. H. V.

### El baron de Erlanger.

El baron E. de Erlanger pertenece á la nueva generación de capitalistas y financieros que han ensanchado las prácticas de los antiguos bancos constituyendo, por medio del crédito, grandes operaciones financieras é industriales y negocios internacionales de primer orden. Al sistema que consiste en hacer circular los capitales, los bancos añaden así el que tiene por objeto crear nuevas riquezas, y bajo este concepto la casa de Erlanger figura hoy á justo título como uno de los primeros establecimientos de crédito de nuestra época.

Recordaremos con brevedad los actos que han hecho de esta casa uno de los centros del mundo financiero de que hablamos.

Federico Emilio de Erlanger nació en Francfort en 1832, é hizo sus estudios en la *Musterschule* (escuela normal), excelente institución que por el mínimo precio de 80 á 100 francos anuales da una educación sólida, y que tiene en Alemania una reputación justamente ganada.

Siendo muy jóven, entró en las oficinas de su padre, uno de los hombres mas distinguidos y estimados de Alemania, que le inició rápidamente en el manejo de los negocios, y le confió importantes negociaciones.

Sobrevino la revolución de 1848. Los capitales que se acumulaban en los bancos provocaron muy luego la actividad de los establecimientos de crédito, y aquí tuvo lugar una de las operaciones que la casa Erlanger puede reclamar como una de las mas notables y provechosas de nuestra época. Comprendiendo que las relaciones comerciales que ligan á la Europa y los Estados Unidos podían fortalecerse con la mancomunidad de intereses financieros, M. de Erlanger no vaciló en patrocinar en el mercado europeo los fondos americanos, y él fué quien en 1848 introdujo en Alemania las primeras obligaciones de la deuda de los Estados Unidos. El favor que despues han tenido estos títulos demuestra claramente la perspicacia del financiero.

Posteriormente, en 1855, cuando el desarrollo de las operaciones financieras, industriales y comerciales vino á dar á la asociación de los capitales un impulso mas activo, M. de Erlanger fué también uno de los primeros que realizó en Alemania el nuevo progreso de las instituciones de crédito. Sucesivamente fundó el Banco de Weimar, con el capital de 5 millones de thalers; el Banco internacional del Luxemburgo y otros, creaciones que ensancharon naturalmente la esfera de acción de la casa, que despues ha podido contratar un crecido número de empréstitos con los gobiernos alemanes y extranjeros.

Despues de estas grandes operaciones, M. F. E. de Erlanger fundó, con el concurso de su padre, la casa de París, que desde el primer día tuvo la autoridad y crédito de la de Francfort. Con efecto, en ella se han sucedido sin interrupción los negocios industriales, empréstitos de gobierno y emisiones importantes de toda especie. El empréstito de la ciudad de Marsella, el italiano, la creación de un nuevo barrio en Auteuil, el empréstito portugués, el cable trasatlántico francés, son otras tantas pruebas de la actividad con que M. de Erlanger es partícipe de las grandes operaciones financieras de nuestro tiempo.

Los servicios que la casa de M. de Erlanger ha hecho al Portugal han sido dignamente apreciados por el gobierno portugués, que al nombrar á M. de Erlanger cónsul general de Portugal en París, le ha hecho también banquero del gobierno, y ha concedido á los dos jefes de la casa el título de baron.

El lema que el baron de Erlanger ha tomado con su título de nobleza, es característico. Paseándose un día con su padre por la Selva Negra, M. de Erlanger leyó en una vieja armadura esta frase medio borrada por el tiempo: « *Rast ich, so rost icht.* » — *Quedándose quieto, me lleno de moho.* Esa es la divisa de M. de Erlanger; y la sorprendente rapidez con que ha llevado á buen término la operación del cable trasatlántico, demuestra que no puede haber otra mejor justificada. Emprendido en julio de 1868, el negocio del cable ha quedado terminado en un año, H. V.

### Revista de Paris.

Nos acercamos al 15 de agosto y Paris va tomando el aspecto particular que tiene siempre que se celebra una gran fiesta. Los extranjeros y principalmente los forasteros, esto es, la gente de provincia, afluye á la capital en compacta muchedumbre, para presenciar todo cuanto ese día se ofrece á una población ávida de placeres. Nada de cuanto figura en el programa es letra muerta para estos espectadores que salen en las primeras horas de la mañana y no se retiran hasta las doce ó la una de la noche, despues de haber visto el tradicional ramillete de los fuegos artificiales. Anté esta invasión, el habitante de Paris que conoce ya los inconvenientes del pacífico tumulto, suele tomar la determinación de retirarse al campo, de cuya manera la capital se encuentra entregada completamente á los intrusos. La satisfacción del comercio menudo de Paris en estas ocasiones es imponderable. Los cafés y los restaurants de las principales arterias por donde se dirige la multitud á los espectáculos, despachan por cargas los alimentos y las bebidas, y nada basta para saciar el apetito y sobre todo la sed de tantos miles de consumidores. Todos los dueños de estos establecimientos hacen bien su agosto.

Pasada la fiesta la desbandada es general. como á una señal determinada, los ejércitos de provincianos se ponen en marcha á la vez y las estaciones de los ferro-carri-les apenas pueden dar abasto á esa muchedumbre de viajeros que ha ganado bien el descanso que se promete al cabo de una peregrinación, para la cual se necesita ante todo piernas de hierro y estómago poco acostumbrado á refinamientos culinarios.

Entre tanto, ya lo hemos dicho, los parisienses no tienen oídos mas que para las noticias que llegan de Baden, de Dieppe ó de Trouville. Todo el mundo trata de ponerse en marcha. Los diarios anuncian cada día la salida de tal ó cual personaje que se habia quedado rezagado y que por fin se decide á emprender la excursión obligatoria.

Entre estas noticias vemos una que verdaderamente sale de lo comun y que por lo tanto merece párrafo aparte.

Vivia en Paris hace años, la condesa de Sommariva, que posee una de las fortunas territoriales mas considerables que hay en Europa, con diferentes palacios en Francia y en el extranjero, todos ellos de mucha nombradía.

Esta señora se habia quedado viuda y su dolor fué tan grande que quiso encerrarse en su casa, donde ha permanecido trece años en la cama sin estar enferma.

Nadie la veía excepto una doncella, persona de toda confianza y un famoso facultativo, cuyo nombre no nos dice el periódico la *Liberté*, de donde tomamos en sustancia esta singular noticia.

Y sin embargo, parece ser que el tren de su casa no se cambiaba en lo mas mínimo. Sus caballerizas estaban llenas de magníficos caballos, en sus cocheras habia lujosos carruajes, lo mismo que si la condesa saliera todas las tardes á dar una vuelta por el bosque de Boulogne y pasara las noches en los Italianos ó en la Opera.

Empero, poco á poco, á fuerza de paciencia y de habilidad, el doctor de la condesa, ha logrado en estos últimos tiempos que la viuda inconsolable salga de su hotel de la calle de la Ville-l'Évêque á respirar un poco de aire.

Con efecto, algunas veces se la ha visto en los Campos Eliseos y hoy se ha decidido á trasladarse á su palacio campestre de Champignolles, lo que es un acontecimiento en el mundo parisiense y una buena nueva para los amigos de la condesa que la consideran curada de su monomanía.

Mientras por una parte vemos este ejemplo de amor conyugal que, como decimos, se califica de locura, ó poco menos, por otra, continuamos asistiendo al espectáculo de las demandas de divorcio civil que menudean de una manera deplorable.

Nuestros lectores recuerdan quizá una aventura del último carnaval, que por cierto no tenia nada de carnavalesca, y sí mucho de criminal y de dramática.

Tratábase de un envenenamiento por medio de unos confites que una dama de las camelias debia entregar á cierta persona en el baile de máscaras de la Opera, á fin de deshacer un matrimonio; pero la dama en cuestión tuvo remordimientos de conciencia, y habiendo tirado el diablo de la manta se descubrió el enredo.

Ahora bien, como consecuencia de aquella intriga, aparece hoy una demanda en separación que, para decirlo todo, no es la primera que se produce en el matrimonio á que nos referimos.

Hé aquí un breve resumen de los hechos:

El duque Rogerio de Beaufremont, hermano del príncipe Pablo de Beaufremont, se casó en 1849 con la señorita Laura Laroux, hija de M. Laroux, banquero.

Como es de suponer, Laura llevó al marido una fortuna considerable: no de otro modo penetran las hijas de los príncipes del dinero en los círculos de la antigua nobleza.

La felicidad duró poco en este matrimonio. En 1854 la duquesa de Beaufremont, pidió su separación de cuerpo; pero la demanda se abandonó y los esposos convinieron en vivir cada cual por su lado con entera independencia.

Así lo hacían en efecto, y siempre mediaban entre ellos muchas leguas de distancia, cuando sobrevino la aventura de los confites envenenados que tanto llamó la atención, lo mismo por el hecho en sí, que por las personas que en él fi-

guraban y entre las cuales se contaban en primer término el duque y la duquesa de Beaufremont.

Los rumores que corrieron en aquella época y el silencio absoluto que sobre este punto guardó el duque de Beaufremont, parecieron á la duquesa un nuevo motivo de queja contra su esposo y otra injuria grave que añadir á las que ya habia articulado.

Con efecto, entre los hechos que señalaba la duquesa de Beaufremont ofreciendo las pruebas, se lee lo siguiente:

« Cuando hace algunos meses ocurrió en Paris aquel extraño suceso que se llamó de « los confites envenenados » el duque de Beaufremont, se atrevió á cargar á la duquesa con la responsabilidad de un acto tan espantoso y manifestó esta opinión en público y en muchas circunstancias.

» No solo el duque de Beaufremont se atrevió á expresar una opinión semejante, sino que asistió con una inexplicable indiferencia á aquella publicidad que dieron los periódicos al acontecimiento, sin dar un paso, sin escribir una palabra, sin pronunciar una sílaba, y asociándose así, respecto del público y de la sociedad á la mas odiosa acusación, mediante su calculado silencio. »

Esta vez la separación ha sido pronunciada fundándose el tribunal en diferentes consideraciones, entre las cuales es una de las principales, la de que las culpas son reciprocas, por cuya razón el duque no pierde enteramente las ventajas pecuniarias de su casamiento, puesto que se le autoriza á seguir cobrando como hasta aquí, de los bienes de su mujer, la suma de 60,000 francos anuales.

Hé aquí lo que se llama una curiosa historia en los tiempos que corren.

No es decir esto que en todo tiempo no haya habido estas ruidosas contiendas conyugales.

Días pasados hemos visto en la necrología un nombre que se hizo célebre en su época por una disensión de esa especie y que acaba de fallecer en medio del silencio y del olvido.

Es el conde de Châteauevillars que fué una gran figura en Paris hace cosa de treinta años, uno de aquellos calaveras de gran tono que brillaban en la Opera, cuando estaba en todo su auge aquel famoso palco infernal de que han sacado tanto partido los novelistas franceses.

El conde hizo grandes brechas á su fortuna, con una vida alegre y costosa, y como sucede á menudo en tales casos, trató de dorar de nuevo sus blasones con un buen matrimonio.

Efectivamente, querer era poder para el conde de Châteauevillars en la posición tan deslumbradora que ocupaba en los altos círculos parisienses.

Se casó pues, con una jóven de familia distinguida, encantadora bajo todos conceptos, y en posesión además de una inmensa fortuna.

La jóven se enamoró del conde, y no obstante las amonestaciones y oposición de su familia, se efectuó la boda.

Rara vez se ha visto una luna de miel de tan exiguas proporciones. El conde, recién casado, apenas interrumpió su vida desordenada; y como ni lágrimas, ni súplicas, ni convenciones, bastaran á detenerle, la infortunada esposa tuvo que decidirse á entablar una demanda de separación y confió su pleito á una de las celebridades del foro.

No hay para qué decir el ruido que promovió semejante lance: todo el mundo estaba por la condesa.

— ¡Qué conducta! decían los amigos de la jóven; se ha querido casar solo por el dote.

Y los del conde no le perdonaban tampoco que hubiese hecho desgraciada á una mujer tan interesante, y sobre todo que era dueña de cuantiosos bienes.

— Se quedará arruinado, decían; y le estará bien, tendrá el pago que se merece.

Mientras se ventilaba judicialmente la contienda, la condesa que no queria parecer que se dejaba dirigir por su familia, cuya hostilidad hácia el conde era conocida de todos, se retiró á un convento en vez de refugiarse en su casa; y entre tanto su esposo, continuó muy sereno su existencia de lujo y de boato.

Pero ¡ay! sin duda se daba prisa á gozar de sus últimos caudales, siendo como era muy probable que aquel pleito cuyo desenlace no podia ser dudoso, le iba á dejar pobre, pues habia disipado ya todo su patrimonio, y ahora gastaba la fortuna de su esposa, de cuya administración se hallaba encargado.

Largos fueron los preliminares; mas al fin se vió la causa: los abogados entraron en pormenores que interesaron mucho á los aficionados á tales historias del hogar doméstico, la opinión se confirmó mas y mas en favor de la víctima y se esperó con ansia la sentencia.

Ahora bien, esta sentencia no se pronunció, hé aquí por qué motivo.

La víspera del día en que debia fallarse el pleito, la condesa de Châteauevillars recibe en su convento una carta en la cual la llamaban á toda prisa cerca de su madre, herida repentinamente de un ataque mortal.

Eran las seis de la tarde, en la estación de otoño, y por consiguiente habia cerrado la noche.

La condesa pide un carruaje cualquiera, y sin pensar en decir á nadie que la acompañe, abandona el convento apresuradamente, y en el estado de ánimo que es de suponer, despues de haber recibido tan inesperada y terrible noticia.

Ahora bien, apenas la condesa pone el pié en la calle, dos hombres se arrojan sobre ella, la cubren la boca para impedir que hable, la llevan á una silla de posta, la encierran, y los caballos arrancan con la velocidad del rayo.

Todo esto habia pasado con tanta rapidez, que la condesa

apenas tuvo tiempo para darse cuenta de aquel atentado, y cuando quiso bajar los cristales del carruaje para pedir auxilio, vió que en lugar de cristales había postigos de madera sólidamente sujetos.

No podía haber duda: la pobre condesa era víctima de alguna horrible trama.

¿Había llegado su última hora?

La jóven sollozaba y temblaba.

En este tiempo la silla de posta corría á escape.

De repente la condesa pensó en su esposo. Hizo un examen de conciencia, y se preguntó si no tendría que echarse en cara algunas culpas, si no habría sido demasiado exigente, si no le habría atormentado demasiado con sus ruegos y con sus lágrimas.

Por fin, la silla de posta se detiene delante de una reja, esta reja se abre, y entra el carruaje que se para de nuevo delante de un pórtico. Allí esperaba un hombre que, arrojando un velo sobre la cabeza de la jóven, la toma en sus brazos y la deja sobre una mullida alfombra.

Entonces la condesa se arranca el velo y se encuentra en un comedor brillantemente alumbrado, en medio del cual había una mesa puesta con dos cubiertos, y á su lado el conde arrepentido y sumiso, que echándose á sus piés, la prometía una vida entera de felicidades.

Por esto el pleito en cuestion se quedó sin sentenciar, y es lástima que con muchos de la misma especie no suceda otro tanto.

Al menos así refiere el lance la condesa de Bassanville en la relacion que acaba de hacer de la vida y milagros del héroe de esta aventura de tan feliz desenlace.

Los teatros de Paris comienzan á dar señales de vida, si no por lo que ejecutan ya, al menos por lo que preparan.

En la Opera Cómica siguen los ensayos de una nueva produccion titulada *el Secreto del tío Vicente*, en tanto que en el Teatro Lírico se disponen *Nydia* y *la Gitana*, de Balfé.

En cuanto á la Grande Opera, ha ocupado bastante á los criticos musicales en la última semana, con la ejecucion del *Guillermo Tell*, en la que ha tomado parte madama Carvalho.

Con efecto, la artista merece esta deferencia de los criticos, y todos ellos están de acuerdo para decir que en el papel de Matilde ha alcanzado un nuevo lauro. Tambien el tenor Colin tuvo momentos felices en la misma noche, tanto mas felices cuanto que eran inesperados para todos los que conocen hasta dónde alcanzan sus facultades.

Los elogios de Faure están hechos ya por todos cuantos le han oido en esta célebre ópera de Rossini, y así es inútil repetirlos: á nuestro juicio, en Guillermo no menos que en Hamlet, Faure es un artista incomparable.

La Patti ha estado estos dias en Paris de paso para Hamburgo, donde está ajustada para algunas representaciones, al cabo de las cuales marchará á Baden.

Venia de Londres, cuya temporada no ha sido para ella menos fructuosa en honra y provecho que la de San Petersburgo.

Su funcion de despedida en Inglaterra ha sido el *Barbero*. En el momento en que acababa su última cavatina, la aclamó con furor la flor y nata de la aristocracia británica, y desapareció durante algunos segundos bajo un verdadero alud de flores.

Para completar dignamente esta funcion de despedida, la marquesa de Caux cantó el himno nacional de los ingleses, el *God save the Queen*. Nuestros vecinos estaban locos de entusiasmo.

Cuentan que la princesa de Gales, que estaba en el teatro, se quitó del brazo un magnífico brazalete compuesto de una perla negra entre dos perlas blancas, y sembrado todo de diamantes de gran valor, y se lo puso á la marquesa de Caux, diciéndole:

— Os suplico que lo conserveis en memoria del placer que me ha causado vuestra voz.

Desde aquella noche la diva no lleva otro brazalete.

Dícese que la Patti ha ganado ya en lo que va de año, la friolera de 400,000 francos.

Concluida ya nuestra escasa provision de noticias teatrales, diremos, para terminar esta revista, dos palabras acerca de la próxima inauguracion del canal de Suez, de que se habla mas y mas cada dia.

La fiesta ofrece tales atractivos, que á esta hora la secretaria general del istmo de Suez ha recibido ya nada menos de 25,000 peticiones de esquelas de convite.

Ya se ve, las magnificencias que ha prometido el virey de Egipto dan grandes tentaciones, y como el viaje es muy costoso, si se puede hacer gratuitamente será una ganga.

Sin embargo, muchos podrán ser los llamados; pero los escogidos son poquísimos.

La primera série de convidados se compondrá nada mas que de ochenta personas, y partirá con quince dias de anticipacion, pues esta comitiva privilegiada va á recorrer el Alto Egipto.

Pero luego habrá una série mucho mas numerosa, que será de unas tres mil personas, periodistas de todas naciones, comerciantes, notabilidades de todo género, y su excursion, incluso el viaje de ida y vuelta, durará de veinte y cinco á treinta dias.

Nuestro periódico tendrá su representante en esta gran fiesta cosmopolita, que se anuncia con una solemnidad tan extraordinaria.

MARIANO URRABIETA.

## El cable trasatlántico francés.

(Continuacion. — Véase el N° 865.)

A bordo del *Great-Eastern*.

Saint-Pierre Miquelon, 17 de julio de 1869.

Aunque propiamente hablando, la expedicion del *Great-Eastern* no comenzará sino en Brest, todos los llamados á formar parte de ella recibieron aviso de que tenían que embarcarse en Portland, pues el buque no se detendría en Francia mas que el tiempo preciso para ejecutar la soldadura del cable que llevaba con el grueso cable costero. En Portland feharemos pues este resumen de todo lo acaecido en el curso del viaje.

Habiase anunciado la salida para el sábado 19 de junio, y el 18 todo el mundo estaba á bordo. Allí se encontraban sir Daniel Gooch, presidente de la sociedad de construccion de telégrafos, sir James Anderson, el ilustre marino que capitaneaba el *Great-Eastern* en los tres viajes que emprendió para colocar el cable trasatlántico americano; sir Samuel Canning, ingeniero en jefe de la Compañía inglesa, y los señores Willoughby, Smith, Latimer Clark, Varley, Jenkin, etc., todos ellos hombres competentes que tienen su puesto marcado en la historia de la telegrafia submarina, y que bajo distintos conceptos participan de la alta direccion de la expedicion.

Desde el 14 se hallaba el *Great-Eastern* en la rada de Portland, y hacia cuatro dias se ocupaban en almacenar el carbon necesario para completar la provision de 5,000 toneladas con la cual alimentarán mientras dure el viaje á ese Gargantua de hierro y de cobre que consume cada dia 250 toneladas, esto es, por 6,000 francos de combustible. En ninguno de sus viajes ha estado tan cargado el buque. Además de la provision de combustible de que acabamos de hablar, además de los inmensos aparatos necesarios para la expedicion, los 3,600 kilómetros de cable que lleva arrollados en sus flancos, representan un peso de 5,500 toneladas. Cala cerca de 34 piés de agua, y calaba 31 el dia en que dejó su fondeadero de Sherness; y así fué que necesitó toda la ciencia y toda la habilidad del capitán Halpin para atravesar sin accidente los peligrosos bajos de la embocadura del Támesis, y para que llegara sano y salvo hasta Portland, único puesto de la costa meridional de Inglaterra bastante profundo para poderle recibir con todo su cargamento.

El 18 de junio á las ocho de la mañana todos los preparativos estaban terminados, ruedas y hélices se ponían en movimiento, y el coloso, después de girar lentamente sobre sí mismo, salía de la rada con direccion á alta mar. Con dos cañonazos nos despedimos de Inglaterra, cuya tierra muy luego se deja en lontananza. El *Great-Eastern* boga hácia Brest, seguido, á una distancia de algunos centenares de metros, por la *Scanderia*, que debe escoltar en todo el trayecto.

A las doce del dia siguiente descubrimos la costa de Francia. Primeramente vemos el faro de Ouessant, cuya blanca torre se destaca en el horizonte; luego las *Roches-Noires*, esos peñascos de singulares perfiles; el *Tauveau*, las *Cheminées*, los *Vieux-Moines*, y por fin, á nuestra izquierda descubrimos el faro de la punta *Saint-Mathieu*, á cuya proximidad está la boya con la punta del cable costero.

Ya el *Hawk* y el *Chiltern*, dos de los buques pertenecientes á la Compañía de construccion de telégrafos, y que forman parte de la expedicion, nos han salido al encuentro, y se ponen á nuestra cabeza. A bordo del *Hawk* está el capitán Sherard Osborne, director de la Compañía, que ha ido á Brest á vigilar personalmente los preparativos; y el *Chiltern*, que es el que ha efectuado la colocacion del cable costero, debe, con la *Scanderia*, acompañarnos hasta Saint-Pierre, á la otra parte del Atlántico.

En esto señalan nuestra llegada, y entonces vemos una porcion de embarcaciones llenas de gente que á fuerza de remos llegan hasta nosotros, de modo que al echar el ancla, nos vemos rodeados por una flotilla de barcos que van y vienen en todos sentidos.

Todos estos curiosos se prometen sin duda poder contemplar de cerca al *Great-Eastern* con las maravillas que contiene; pero desgraciadamente hay órdenes severas que prohiben la admision de los visitantes: la soldadura del cable es una operacion larga y delicada, y como debe efectuarse sobre la marcha, se teme que la afluencia de los curiosos la haga imposible. Así pues, las dos escalas del buque no se bajan mas que un instante para dar acceso al bote del capitán Osborne, que trae á bordo dos nuevos pasajeros, M. Bertsch, miembro del consejo teórico de la Sociedad del cable trasatlántico francés, y M. Dépéchez, agente de la Compañía inglesa.

Entre tanto se procede á la operacion de la soldadura. Una de las embarcaciones del *Chiltern* va á levantar la boya que tiene la punta del cable costero, y se embarca á bordo del *Great-Eastern* cierta cantidad de este mismo cable (dos millas y media). La extremidad de este segundo trozo se lleva á bordo del *Chiltern*, en donde debe hacerse la soldadura.

Ya hemos dicho que esta operacion exige mucho tiempo y cuidados excepcionales; el cable costero tiene por encima de las cubiertas del cable ordinario una armadura metálica compuesta de gruesos alambres de acero retorcidos en espiral que aumentan considerable-

mente su resistencia y peso. A las tres de la mañana está concluido todo: el *Chiltern* arroja al agua el pesado cordaje todo guarnecido de hierro; el cable costero está unido ya con el que lleva el *Great-Eastern*, y este buque mantiene colgando á popa ese alambre de 3,600 kilómetros de largo, cuya otra punta debe dejar en la otra parte del Atlántico.

Ya se ha dado la señal de la marcha: el vapor muge en las máquinas, las complicadas ruedas del aparato de desarrollo se ponen en movimiento; el cable, pasando de garrucha en garrucha, cae al principio con lentitud, y luego cada vez mas de prisa; á medida que nos alejamos, los fuegos de los faros se apagan uno á uno, y por fin, el último de ellos desaparece tambien en el horizonte.

El viaje ha comenzado.

Lunes 21 de junio. — Hace tiempo que hemos perdido de vista á la tierra. Veinte dias cuando menos vamos á estar entre cielo y agua. El *Chiltern* y la *Scanderia* se mantienen detrás de nosotros, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, á cierta distancia. El tiempo está magnífico, y el *Great-Eastern* avanza majestuosamente por un mar sereno como un lago, dejando en pos de sí un surco de espuma de treinta metros de ancho, que se extiende hasta perderse de vista como una via triunfal trazada en la superficie del Océano. Nuestra velocidad es de unas cinco millas por hora, la mas favorable, segun ha demostrado la experiencia, y el cable, tendido por la progresion del buque, describe una larga curva antes de llegar á la superficie del agua. Al cable costero ha sucedido el cable intermediario del que se han de poner 105 millas antes de colocar el de alta mar. Todos estos trozos se reunieron de antemano y forman un todo continuo.

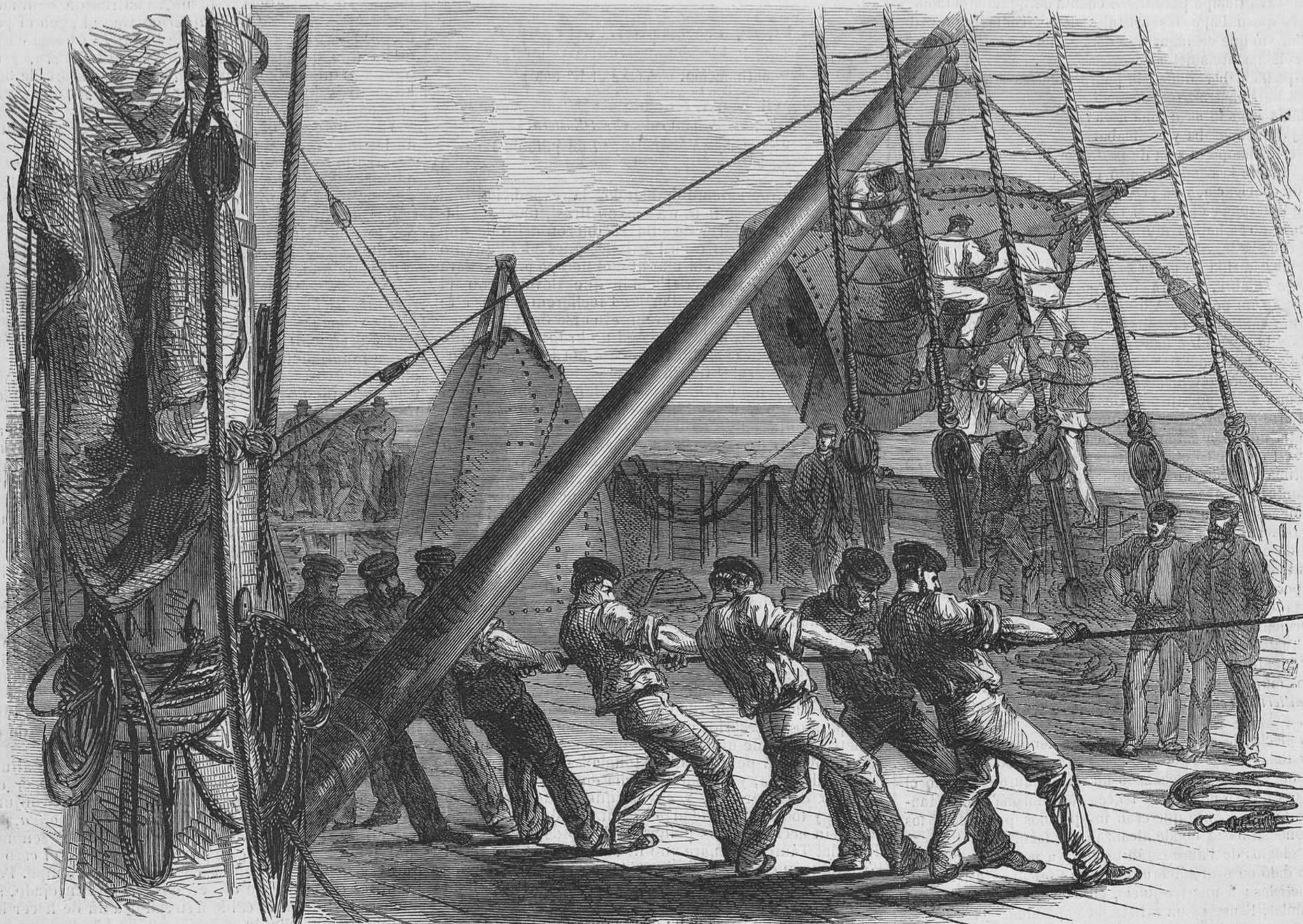
El cable se encuentra repartido entre las tres cubas situadas á proa, en medio y á popa del buque: en la cuba principal, que es la del medio, es donde principió el desarrollo. Mil ciento doce millas de cable se hallan almacenadas en la enorme capacidad de esa cuba; las largas espirales sobrepuestas forman una série de capas horizontales, y cada una de ellas tiene 7 millas de cable y tarda cinco horas en desarrollarse.

Encima de la capa horizontal y á dos piés de altura, una série de largas barras de hierro reunidas por círculos, forma una especie de red horizontal; el conjunto de este aparato ha recibido el nombre de *crinolina*, porque en efecto se parece al mirriñaque de las señoras: su objeto es evitar que se enrede el cable en el caso en que varias espirales tendiesen á salir á un tiempo. Doce hombres colocados de dos en dos entre el enrejado, sujetan cada hilera de cable á su salida á fin de hacer imposible todo accidente.

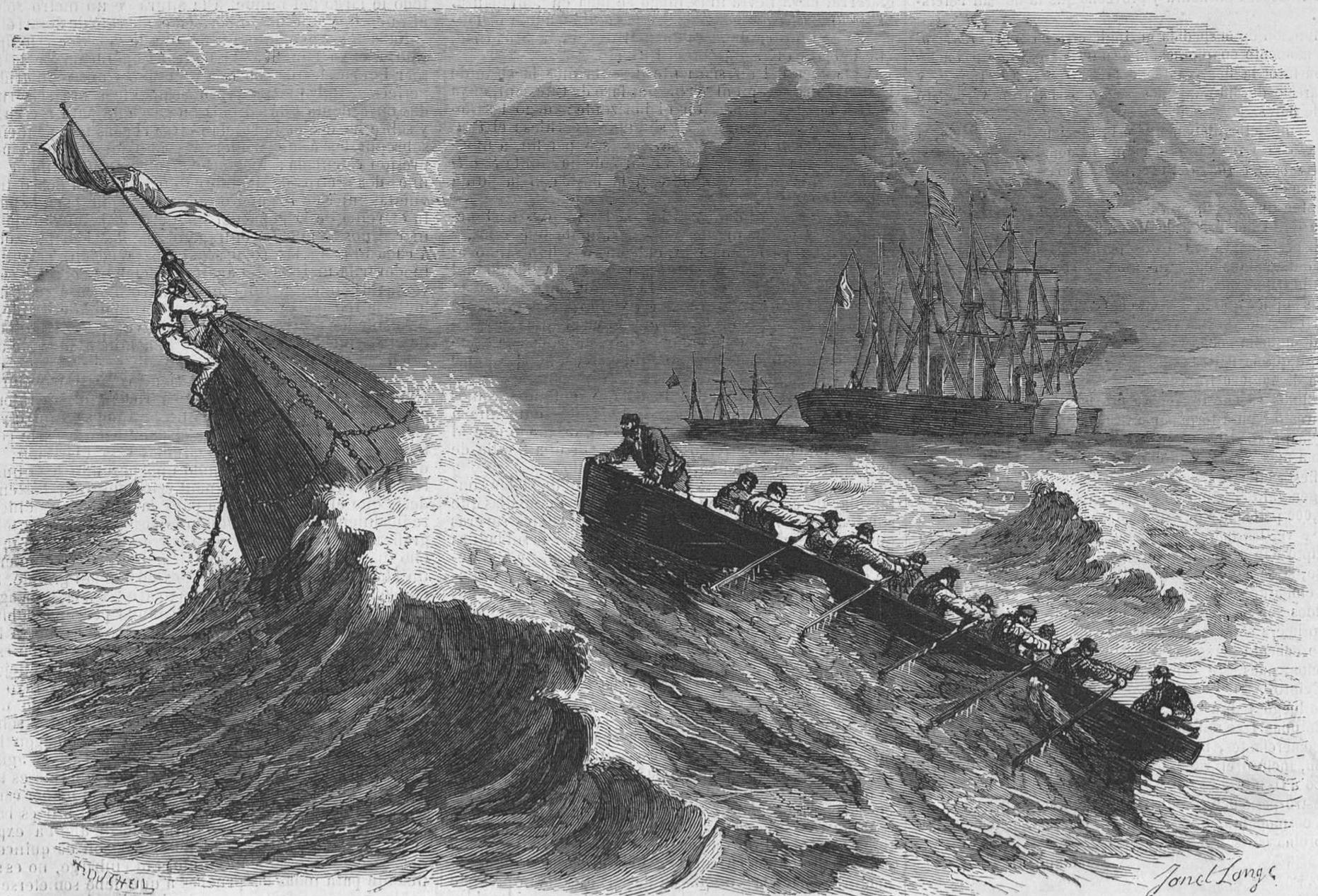
A medida que el cable se desarrolla, atraviesa un anillo central, sube verticalmente al través de una abertura practicada en el puente, pasa por una garrucha y luego entra en un conducto que reina horizontalmente en todo lo largo del buque, á la altura de un metro sobre el puente, y que desemboca en el aparato de desarrollo.

Nada mas ingenioso y sencillo á la vez que este aparato, á cuyo beneficio la delicada operacion de la inmersión se efectúa con una precision y una regularidad perfectas. El cable pasa primeramente sobre seis ruedas cuya llanta está cortada en garganta para recibirle, y sobre las cuales le sujetan otras ruedas mas pequeñas sobrepuestas á las primeras, y que le someten á una presión calculada; luego se arrolla en un tambor de unos dos metros de diámetro, en el que da dos ó tres vueltas antes de llegar á otra garrucha puesta en la punta extrema de la popa del buque, por la cual baja al mar. Unos frenos de contrapeso adaptados al tambor y á cada una de las ruedas que le preceden, permiten moderar la marcha del aparato y detenerla cuando conviene; finalmente, un dinamómetro indica á cada instante la tension exacta á que está sometido el cable, y un contador marca el número de vueltas del tambor, de cuyo modo se sabe siempre la cantidad de cable arrojado al mar.

Durante el viaje hacen experiencias continuas con el cable para conocer su estado eléctrico; y el laboratorio en que se efectúan se encuentra instalado en un espacioso camarote situado sobre el puente en la parte central del buque. No prolongaremos esta digresion, ya demasiado larga, describiendo uno por uno los numerosos aparatos que sirven para estos ensayos; bástenos decir que el que se emplea para la trasmision, difiere radicalmente de los que están en uso en las líneas telegráficas. Estos últimos exigen corrientes eléctricas mucho mas enérgicas que aquellas á que puede someterse un alambre conductor de una extension tan grande. Se emplea pues un simple galvanómetro, esto es, una aguja imantada que la corriente pasando por una bobina hace desviar segun el sentido en que se trasmite. A fin de hacer perceptibles los desvíos mas mínimos de esta aguja, han adaptado en su eje un espejito que refleja á cierta distancia sobre una escala graduada un rayo de luz procedente de una lámpara oculta detrás de una pantalla agujereada con una angosta abertura, y sobre esa escala graduada se forma una pequeña imagen luminosa, que cambia al menor movimiento de la aguja para seguir todas sus oscilaciones. Este aparato es tan sensible que revela en el mismo instante el menor cambio en el estado eléctrico del cable, y su uso es bastante sencillo para que un empleado de alguna experiencia logre una velocidad de trasmision de quince á diez y seis palabras por minuto. Sin embargo, no es suficiente para todas las pruebas á que debe someterse el cable, pues en efecto, no se limitan á poder comunicar



El cable trasatlántico francés. — Marineros arrojando la boya con el cabo del cable abandonado, el 30 de junio.



Marineros recogiendo la boya con el cabo del cable abandonado.

*Jonel Long*

con la tierra, sino que es preciso darse cuenta de las mas minimas pérdidas de electricidad, aun de aquellas que en nada estorbarian la trasmision de los despachos ordinarios.

Tal es la perfeccion de los aparatos empleados en esto, que no solo acusan al instante la menor falta de continuidad en la cubierta aisladora del conductor, sino que además la distancia á que la falta se encuentra. Maravilloso resultado, sin el cual la telegrafía trasatlántica no habria sido mas que un sueño, una experiencia brillante destinada quizás á un triunfo efimero, pero sin consistencia en el dominio de la práctica.

A la puerta del laboratorio cuelga un gong chino, cuyo sonoro sonido debe servir de señal de alarma en caso de accidente. Al ruido del gong el oficial de servicio debe transmitir inmediatamente á las máquinas la órden de retroceder; el buque se detiene, y se recoge la parte defectuosa del cable antes de que haya tenido tiempo de alejarse.

Pero volvamos á nuestro viaje.

El lunes 21 á las doce del dia nos encontramos á una distancia de 42 millas. La operacion del desarrollo marcha bien, el estado eléctrico del cable es excelente, todo se anuncia pues, bajo los mejores auspicios y se acaba el dia sin que ningun accidente venga á turbar las esperanzas en el buen éxito de la expedicion.

A la una y cuarto de la noche la extremidad del cable costero intermedio pasa por el tambor y entonces comienza la inmersion del cable de alta mar. La distancia del buque á la costa es en aquel instante de 111 millas y media.

El martes 22 de junio recibimos el primer despacho. Hasta entonces habia sido imposible corresponder con la estacion de la costa de otro modo que cambiando las señales con que se comprobaba el estado eléctrico del cable. Esta imposibilidad era causada por las corrientes que nacen en el cable arrollado en las cubas; cada una de estas representa en efecto, una inmensa madeja, en la cual se forma, en el momento en que se lanza una corriente en el cable, una segunda corriente en sentido contrario y que produce en la aguja del galvanómetro un efecto opuesto. Ahora bien, como el efecto directo no tiene lugar hasta despues, resulta de ello una confusion entre las señales verdaderas y los desvios accidentales de la aguja. Aunque muy sensibles aun estos efectos perturbadores, han perdido mucho de su intensidad, irán atenuándose sin cesar á medida que disminuya la cantidad de cable almacenada en las cubas. Las noticias transmitidas por el cable se ponen en forma de cartel á la puerta del laboratorio telegráfico, todo el mundo se agolpa á leerlas, y cada cual comenta á su modo esos breves despachos que hablan del mundo que dejamos detrás de nosotros. Admirable conquista en verdad, la de ese agente misterioso á cuyo beneficio un buque perdido en medio del Océano recibe así en un instante á centenares de leguas de distancia, la pulsacion de la patria.

El miércoles 23 de junio á la una de la madrugada se encuentran ya en el mar 250 millas de cable. La cuba central se ha aligerado de un peso de cerca de 500 toneladas; y ahora hay que interrumpir el desarrollo para comenzarle en la cuba de proa á fin de mantener el equilibrio en el cargamento del buque. Por lo demás el caso no tiene nada de imprevisto: todo se ha preparado de antemano, y los obreros no tienen mas que trasportarse de una cuba á la otra para continuar su trabajo. Todo ello exige una detencion de algunos minutos.

Nada de nuevo durante el dia: á eso de las doce, hemos hecho ya en el mar 294 millas, y llegamos al punto en que el fondo comienza á bajar para llegar gradualmente al nivel normal de la inmensa llanura submarina, que se ha llamado *planicie telegráfica*: la profundidad, que era



Vista general del Hospital Napoleon en Berek del Mar (Paso de Calais).

ayer de 80 brazas, se eleva hoy á 900, y sin embargo, la traccion ejercida por el cable no hapasado aun de 8 quintales, límite inferior de las indicaciones del dinamómetro. Todo va perfectamente y ya se felicitan de un éxito que parece asegurado, pues ningun obstáculo detiene nuestra marcha.

Jués 24 de junio.—Nuestra tranquilidad no debia tardar en verse turbada. Eran las tres y veinte y seis minutos de la madrugada, cuando un desvio súbito de la aguja del galvanómetro anuncia una falta en la cubierta aisladora del conductor. Al punto resuena el gong, y en menos tiempo del que se necesita para decirlo, el buque se detiene y el aparato de desarrollo, entorpecido por la accion de los frenos, sujeta el cable que cuelga á popa: un cordaje sólido, sostenido por seis hombres, acaba de amarrarle, y luego le cortan á fin de experimentar separadamente la parte sumergida y la que ha quedado en las cubas: la experiencia demuestra que la falta se halla en la parte sumergida, de modo que es preciso traer esta á bordo.

El aparato para levantar el cable situado á proa del buque se compone de un tambor análogo al de la máquina de desarrollo, y que una serie de engranajes pone en relacion con una máquina de vapor de 40 caballos de fuerza instalada sobre el puente. Fijan el extremo del cable al tambor, luego este se pone en movimiento, y el cable sale lentamente del fondo de las aguas. Dos veces detienen la marcha del aparato para someter el cable á la comprobacion de los aparatos eléctricos, y se ve que la falta está en la parte sumergida, lo que va inspirando serias inquietudes, pues el dinamómetro indica una tension mas y mas considerable; pero á la tercera prueba se descubre que ya la parte defectuosa está á bordo. Al punto se esparce la buena noticia, mientras tratan de operar la soldadura, y á las diez y veinte minutos se termina esta operacion y el buque continúa su marcha al cabo de una detencion de siete horas. Habian subido á bordo 1 milla 1/4 de cable. Ahora era menester saber en qué consistia la falta cuya presencia revelaron los aparatos eléctricos. Sometieron á un detenido examen el trozo del cable defectuoso, y como nada anormal se presentaba en la cubierta exterior, desmontaron esta con cuidado y pusieron á descubierto el alma del cable, donde no tardaron en ver la causa del mal; era un agujero de 1 milimetro de diámetro que atravesaba la gutta percha en la direccion del conductor, y que estrechándose de la circunferencia al centro, parecia haber sido hecho con un punzon; en la superficie interna de la cubierta que le corresponde, se observa una mancha rojiza; pero los medios de investigacion con que contaban á bordo no permitieron proseguir el análisis y mientras pueda profundizarse el examen cortan y guardan el trozo en donde está la falta.

El 24 al medio dia estábamos á 337 millas de tierra y habiamos llegado al sitio donde empiezan las profundidades de 2.400 brazas, sin que la tension indicada por el dinamómetro se eleva á mas de 14 quintales.

Viérnes 25 de junio.—El tiempo continúa magnífico; pero á medida que el buque se aligera, se resiente de las anchas ondulaciones de la mar. La aguja del galvanómetro adquiere un movimiento de oscilacion que á veces hace la trasmision telegráfica dificultosa. La velocidad es siempre la misma, y á las doce del dia nos hallamos á 377 millas de Brest. Encontramos algunos buques con direccion á Europa, contrariados en su marcha por los vientos del Este; algunos pasan bastante cerca para que podamos cambiar los saludos de uso.

Sábado 26 de junio.— ¡Otra alarma! A las ocho de la mañana el buque se detiene al fúnebre tañido

del gong. Los aparatos eléctricos indican una pérdida de electricidad, resultado de una falta de continuidad en la cubierta. Se levanta de nuevo el cable y al cabo de media hora la parte defectuosa está ya á bordo. ¡Cosa extraña! La falta existente en la cubierta aisladora es idéntica á la primera; pero esta vez la perforación ha llegado á los alambres conductores, cuyo aspecto brillante no permite poner en duda que el accidente es muy reciente. Mas ¿es fortuito? Sobre este punto hay distintos pareceres: algunos se preguntan si no es efecto de la malevolencia. Sin embargo, los hombres experimentados que dirigen la expedición, los veteranos de la telegrafía trasatlántica se niegan á aceptar toda suposición de este género. Cuando la expedición de 1866 hubo tres accidentes como estos con pocos días de intervalo, se creyó que eran debidos á una mano criminal; pero luego ante la evidencia de los hechos preciso fué convenir en que eran infundadas tales sospechas. Sea como quiera, sin perder tiempo hicieron una nueva soldadura y á las doce continuamos la marcha. Estábamos á 574 millas de nuestro punto de partida.

Del 27 al 29 de junio ningún accidente digno de observarse. El 27 al medio día habíamos hecho 697 millas, 823 el 28 y 830 el 29. En este último día una fuerte depresión barométrica anuncia un cambio en la atmósfera. Por la tarde el horizonte se cubre de nubes, se eleva una recia brisa, las olas se cubren de espuma y todo anuncia un temporal para la mañana siguiente. A eso de media noche se comienza el desarrollo en la cuba de popa, pues la de proa estaba vacía y luego cada cual se retira á su camarote. A las cuatro de la madrugada me despierto al mugido de la tormenta, cuando de repente resuena á golpes precipitados el terrible gong. Me levanto y voy al puente; otra desgracia. Pero ¡qué espectáculo en nuestro derredor! Es de día hace una hora y la luz blanquecina da al cuadro un colorido mas siniestro: grandes nubarrones corren por el cielo impelidos por el viento que muge en la arboladura; enormes oleadas vienen á estrellarse en los flancos del buque, cuya masa colosal, azotada por esos choques formidables, parece subir al cielo para precipitarse despues en el abismo. A cada instante el *Chiltern* y la *Scanderia* desaparecen detrás de las olas. Sin embargo, ya han empezado á levantar el cable, que suben lentamente á bordo; pero el buque presenta ahora su popa á las olas, que le dan furiosos asaltos: montañas de agua caen sobre el puente, poniendo en peligro á los trabajadores. El capitán Halpin, apostado cerca de la garrucha de la extremidad de la popa, vigila la manobra, cuando una oleada le arroja en medio del puente; todos se arrojan á levantarlo; por fortuna no ha salido herido en su caída; pero el suelo de claraboya donde estaba ha sido demolido: los maderos de dos pulgadas de grueso fueron arrancados con la clavijas de hierro que les fijaban.

Al cabo de algunos instantes se continúa la operación, y á las siete menos cuarto todavía no han conseguido subir á bordo la parte defectuosa. La tracción que se ejerce sobre el cable es enorme, y se aumenta todavía cada vez que el buque se levanta. El dinamómetro indica hasta 96 quintales. De repente se oyen estos gritos: «¡Deteneos, deteneos!» El cable acaba de romperse entre la máquina que le levanta y la popa á la mitad del largo del puente. La extremidad del cable vuelve á toda velocidad hácia el mar; el teniente Husson, testigo del accidente, se precipita seguido de algunos hombres, y la enérgica acción de los frenos aplicados al tambor de popa hasta felizmente para detenerle á tiempo. Todos han acudido ya al lugar de la desgracia, y grande es la emoción cuando se sabe el peligro que acaba de correr el cable. Un segundo de vacilación y todo estaba perdido. El cable desaparecía en el mar, hundándose á una profundidad de mas de tres mil metros.

Pero hay que tomar un partido inmediatamente, porque la situación es crítica. Este accidente es un aviso: hay peligro evidente en continuar la operación de levantar el cable. Se consultan brevemente y en seguida resuelven amarrar el cable á una boya y abandonarle al mar hasta que se haya calmado la tormenta. Para este caso se habían embarcado cuatro enormes boyas de hierro batido: fijan el cable á una de ellas mediante una cadena, la suben y la dejan resbalar, sosteniéndola con palancas, hasta que por fin cortan la última amarra, la boya cae al mar y cada cual observa tristemente cómo se aleja aquel globo de hierro azotado por las olas que lleva la fortuna de la *Sociedad del cable trasatlántico francés*.

Ahora se trata de encontrar esta boya perdida como un punto imperceptible en medio del Océano, y aquí vamos á ver la habilidad consumada de los hombres á quienes está confiada la expedición. L. B.

### El Hospital Napoleon en Berck del Mar.

El hospital que ha sido inaugurado el 18 de julio último por S. M. la emperatriz, acompañada del príncipe imperial, es una de las fundaciones mas útiles que se deben á la administración general de la Asistencia pública de París.

Este establecimiento no es menos importante que los admirables asilos de beneficencia: creado especialmente para el tratamiento de los escrofulosos por me-

dio de la hidroterapia marina, y de una buena higiene, reúne condiciones excepcionales que no podrían encontrarse en los hospitales parisienses.

Los resultados serán imponderables, pues los beneficios del tratamiento se extenderán á la vez sobre la nueva generación y las generaciones venideras. Con efecto, curando la escrófula no solo se librará de una muerte precoz á miles de niños de la población parisiense, sino que se atacará en su origen mas comun á la horrible enfermedad que diezma á los jóvenes: la tisis pulmonar.

El hospital Napoleon se eleva en una playa á orillas del territorio del pueblo de Berck del Mar, situado á 32 kilómetros al Sur de Boulogne y á 7 kilómetros de Verton, estación de la línea del Norte. Antes de empezar á construirle la administración de la Asistencia pública quiso darse cuenta del valor terapéutico de los medios curativos que podrían emplearse en esa situación excepcional, y bajo este concepto, se instaló en 1861 un hospital provisional para 50 niños y 50 niñas. Ocho años consecutivos ha durado la experiencia y solo cuando se han visto sus buenos resultados, se decidió la ejecución de la obra definitiva en vastas proporciones.

Proponiase la administración no solo hacer que aprovechase los beneficios del tratamiento marítimo mayor número de niños, sino que se trasladase casi exclusivamente al campo y sobre todo á las orillas del mar el tratamiento de las enfermedades escrofulosas, en cuyo caso se mejoraban los dos hospitales de niños de París, trasformando en salas de cambio y en salas de aislamiento para las afecciones contagiosas, los locales que iban á dejar desocupados los niños enfermos que marcharan al nuevo establecimiento.

La adjudicación de las obras se efectuó el 11 de enero de 1867, y 28 meses despues el hospital Napoleon, abría sus puertas á 700 niños. La participación del hospital pequeño á los servicios generales permite recibir 34 enfermos mas, además de las habitaciones del personal que pueden contener hasta 76 personas.

El edificio está á cinco metros sobre el nivel de las mas altas mareas, habiéndose debido construir un muelle con refuerzo de piedra para evitar las aglomeraciones de arena, y el cual produce el mejor efecto. Una galería que hace frente al mar y corre á lo largo de los edificios, forma un claustro cerrado que asegura la no interrupción de todos los servicios, sea cual fuere el tiempo que haga, y constituye en caso necesario un paseo de mas de 500 metros de largo para los niños.

No podemos extendernos acerca de las particularidades que presenta este magnífico establecimiento; pero si diremos que se halla instalado de modo que pueden tratarse en él las enfermedades lo mismo en el verano que en el invierno. A fin de que en la estación rigurosa se pueda continuar el uso de los baños de mar, se ha creado en el centro del hospital una vasta piscina en un local abrigado y luminoso y que por la elevación de temperatura de su atmósfera y de su agua, reproduce en lo posible las condiciones ordinarias de los baños de mar.

Se conserva el hospital provisional, y la administración ha resuelto recibir en él mediante una ligera retribución (1 f. 80 c. por día), á los niños escrofulosos cuyas familias, sin ser pobres, no podrían soportar los gastos de un viaje al mar y de una estancia siempre costosa en una playa marítima.

Concluiremos con un detalle curioso: este hospital se habia construido sobre un muelle que tenia menos altura de la que despues ha aconsejado la experiencia, y para levantarle luego al mismo nivel que el establecimiento principal, no ha sido necesario echar abajo las construcciones; el arquitecto se contentó con aserrarlas al nivel del suelo antiguo, las alzó con aparatos hasta la altura apetecida y construyó debajo las paredes que las sostienen ahora.

En suma, la administración de París piensa haber hecho en el establecimiento de Berck un modelo que puedan imitar las administraciones hospitalarias ó las empresas privadas, y creemos que tiene fundamento esta pretension: el incansable director de la Asistencia pública M. Husson puede estar satisfecho de su obra, la cual honra igualmente á M. E. Lavezzari y M. L. Ser, el arquitecto y el ingeniero que han trazado los planos y dirigido las construcciones. A DE L.

### Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

### LA PERLA DE PORTUGAL,

NOVELA TERCERA ESCRITA SIN LA LETRA I

(Continuacion.)

Señor don Carlos, blasono tanto de honrado como de caballero; encarecedme algunos escrúpulos del duelo, que no cobrando los guantes de doña Leonor, no cumplo con lo que debo, por esforzado os tengo, de donde presumo que no los podré cobrar menos que en el

campo. En el de Santa Ana á las espaldas del corral os espero esta noche á las doce con la espada solamente: haced como caballero. — Don Pedro de Lara.

Dado el papel se fué el page al punto, mas en los de la honra, no solo se hallaba de escrúpulos cercado don Carlos, pero totalmente confuso ó en extremo perplejo; porque él era el que osado al campo llamaba á don Sancho para las doce; él era el que para la hora mesma era llamado de don Pedro. ¡Caso fuerte! ¡Cruel fortuna! ¡Duro trance! ¿Cómo podrá, pues, don Carlos valeroso, con ser un hombre solo, ostentarse á los dos á una hora mesma presente? Verdad es que uno solo es el campo, pero no lo son los puestos, porque el uno es al corral, otro al terrero del templo. (Nota: no parezcan defectuosas las palabras mesmas, pues en castellano son comunes; el que lo dudare, consulte selectos poetas ó el tesoro de la lengua castellana.) De Santa Ana que del uno á otro es grande trecho: no hallarse en el puesto con don Pedro fuera ser cobarde; faltar con la palabra á don Sancho, fuera ser aleve: ¿pues cómo ha de ser que es fuerza que á uno de ellos falte? ¿A cuál pues de los dos hará la falta? ¿A don Sancho al cual él llamó, ó á don Pedro del cual es llamado? Para consultas es tarde, que darán las once, podrá pasarse la hora: además que sus émulo no querrán pasar por lo que en su favor se decretare, excusarse, valerse de estratagemas, cautela ó compañero, fuera faltar á su honor, á su sangre. ¡Oh crueles estatutos los del duelo! Pero lléguese á concurso los cultos todos, dé cada uno su voto ó el fallo como gustare, que el valeroso don Carlos fluctuando en tan caudaloso golfo de tormentos, por no zozobrar del todo en el campo de Santa Ana, al punto de las doce tomó puerto, buscando con presurosos pasos en el señalado puesto del corral á don Pedro; mas no hallando en todo aquel contorno hombre alguno en mas de una hora, se pasó al otro puesto del terrero, donde no halló tampoco á don Sancho, solo topó con un hombre que de sombrero falto, mal compuesto, echado de pechos en el suelo, pagaba el comun feudo al deseado sueño, segun pudo entender, pues con llamarle á voces tres ó cuatro veces no recordaba. Fué al momento otra vez á buscar á don Pedro al otro puesto, pero tampoco pudo hallarle: esperóle mas de dos horas largas paseando confuso ó todo aquel trecho, hasta que empezaron los crepúsculos del alba; pero al pasar otra vez por el terrero, halló al mismo hombre que antes, sepultado en tan gran sueño, que aunque procuró con fuerza despertarle, no pudo porque estaba muerto. Llegóse mas al cadáver por conocerle; mas al punto (notable caso) echó de ver que era don Pedro, que pasado por el pecho con una estocada de parte á parte, pagó la deuda forzosa á la muerte. Fuese presto, antes que del todo aclarase, por no hacerse sospechoso; mas al entrar en su casa, pasando por la de doña Leonor, topó en el suelo con un bulto de otro hombre muerto á puñaladas, revolcado en su misma sangre, al cual acercándose por reconocerle, halló que era su dispensero, hombre no poco arrogante, aunque el serlo, suele ser tan comun en esta gente como en los cocheros. Dudoso se hallaba don Carlos (como era cuerdo) para haber de entrar en su casa; mas mudó de parecer presto: fuese á un convento, por que no le culpasen en las dos muertes falsamente, pues las sospechas eran tan vehementes. En todo anduvo prudente, que adonde nose aventura honor, vale mas salto de mata, que ruego de buenos. No le pesó de haberlo hecho, porque en menos de tres horas despues de las dos muertes, pero constando por los procesos lo de los pages que llevaron los papeles, con todo lo de antes pasado sobre los guantes, se pasó orden para que los dos caballeros fuesen presos al momento: don Carlos en su casa, tomándole el homenaje que se suele á los caballeros de sus prendas; pero que á don Sancho, como mas culpado, le llevasen á una torre; pero él aunque lerdo, supo guardarse, ó porque los señores alcaldes nose cansasen en llevarlo, ó por mostrarles que en su casa mucho mas sabe el lerdo que en la ajena el cuerdo.

En efecto, él se fué á otro convento, donde estuvo algunos meses; mas no dándose por seguro por ser caso de pensado, se pasó á la corte de España, porque constó que él fué el agresor de entrambas muertes, pensando, como él mesmo confesó que en cada cual de ellas mataba al valeroso don Carlos; porque como de él, por el papel que le llevó su page, fué llamado al campo para en punto de las doce, él por mostrarse tan puntual como esforzado, fué antes de las once por no engañarse en los relojes; que de unos á otros suele haber muchas veces como son tantos, tres cuartos de hora. Pues como el pobre don Pedro pasase por aquella parte mesma, al punto que el reló de Santa Ana daba las postreras de todas las once, con pretexto de aguardar en el puesto del corral por don Carlos: don Sancho se aceleró sacando contra él la espada, pensando que la sacaba contra don Carlos; pero con tal furor, con tal destreza, que al segundo encuentro le pasó el cuerpo de una estocada; mas aunque en el acto anduvo como hombre alocado ó poco prudente, se hubo despues en él, como generoso caballero, porque al caer en el suelo don Pedro, fué á todo correr al convento de los recoletos, que está en aquel campo, donde dando recado que fuese luego al punto uno á confesarle, le acompañó valeroso hasta que se hubo confesado, que apenas lo hubo hecho, cuando don Pedro otorgando á don Sancho el perdon que á sus plantas postrado demandaba vuelta la cara al suelo, por poder mas veces besar la cruz de su mesma espada, entregó al verdadero Re-

dentor el alma. Bramando de cólera don Sancho cual acosado toro, se fué luego á buscar á don Carlos á su casa, por parecerle que no era menos, que haber de él hecho burla llamarle al campo con falsedad ó engaño; mas al entrar á su casa reparó que de un balcon de la casa de doña Leonor enfrente, por una escalera de sogas, bajaba el mismo don Carlos segun lo mostraba en las señas de una capa de color bordada, que llevaba las mas noches; al cual, sacándole su misma daga mató á puñaladas, llamándole muchas veces alevoso, cobarde, no dándole lugar á que como don Pedro se confesase: ¡Crueldad notable! Pero al sacarle la daga del pecho, á la postrer puñalada, topando acaso en el rostro barba larga como hombre de cuarenta años, reparó en su engaño; pues al que él mataba por don Carlos, era su despenso que enamorado de una mulata, esclava de doña Leonor, que era la que él desde la pequeña ventana por entre la red de madera acechaba; ella le echaba la escala, despues de haber dejado en la alcoba de otra sala acostada á su ama: traza con que los dos amantes se gozaban algunas noches, procurando él por mas agradaarla, adornarse de las galas que hallaba mas á mano, ó de las de su amo ó prestadas, como todo constó de lo procesado. Súpose despues como esta muerte atroz no fué del todo mal empleada, porque este mal hombre fué el que á los tres caballeros mas provocaba, dando algunas veces á cada uno de ellos con falsedad á entender que toda la nobleza murmuraba de su afrenta, causado todo de lo mucho que él deseaba saber, cuál de los tres amantes era el mas esforzado.

Todo se mueve de lo alto; lo que sé es, que á todos fué no mal acepta su muerte, antes á muchos agradable por el mal proceder de su persona.

Don Carlos por estar la verdad de todo por sus procesos tan patente, se pasó á la regalada cárcel de su casa, donde presentándose guardó lo que de ellos resultase que brevemente fué, absolverle de toda culpa con que pagase las costas de los autos. Con lo cual prosperadamente quedó gozando de los favores de la bella doña Leonor, contento con la falta de los opuestos pretosores hasta que del todo conformes los dos en las voluntades, se desposaron, no solo con gusto grande de don Tello de Guzman, padre de doña Leonor, pero de todos los deudos de ambas partes con general aplauso de toda la nobleza de la córte.

La boda, señor don Fernando se celebró en Belen, en una casa de campo de doña Leonor; pero relatarle á usted ahora los aplausos, los placeres que hubo, los gustos, el general contento, los buenos versos, las danzas en saraos, las costosas galas de los desposados, el agradable galanteo de los caballeros, la hermosura grande de las damas, fuera alargarme mucho, fuera cansarle, que hartó creo lo he hecho; pero el gusto de entretener á usted lo causa: mas en caso que esta carta le parezca larga, entréguesela á algunos cultos de los escrupulosos de esta córte, que como son los topos ó los ratones de ella, la cortarán ó ratonarán de manera que quede para leerse hartó poco. Guarde Nuestro Señor á usted largos años, con prósperos aumentos que deseo. Casa, Mártes.

## LA PEREGRINA ERMITAÑA,

NOVELA CUARTA ESCRITA SIN LA LETRA O.

Si usted sin verme ni hablarme se fué á su heredad y quinta, y en las grandezas innumerables de su ermita se da á entender semanas tantas, á fin de que de cansarle me canse, engañase en la traza; y bien puede de paciencia armarse, que mi amistad firme preciase de leal y verdadera, es puntual y recta, y es vara de justicia libertada que puede atreverse á escalar murallas, á entrar en iglesias y prender delincuentes si la agravian. Si usted supiera que aceleradamente le habia de pedir de su hacienda alguna parte, segun que algunas veces se usa en tierras grandes, y dicen que es justicia tuviera usted alguna para disculparse delirse sin despedirse á vivir entre las fieras de esa sierra; mas si nunca le pedí nada, ley de las principales, que vincular y perpetuar suelen las de la amistad firme y verdadera irse tan de repente, crueldad parece grande. Mas usted sin duda debia de reputarse allá en la fineza de su idea, insigne alambre, y á mi estimarme sutil pajueta; y así rehusaria el acercarme, que temeria que tras sí me llevase á su querida aldea. Pues sepa que las pajuetas mas sutiles, mas sabinas se las lleva el aire, y que sin que usted imagine verme, quizá entraré en alguna mudanza á despertarle; mas en el ínterin, sírvase de leer este papel que mi lealtad le dirige humilde y dedica amable, á fin de entretenerse, si ya se enfadare de la suave música de las aves, y de esperar á que siempre entre en las astutas redes, y de perseguir y fatigar entre las peñas é intrincadas matas las timidas liebres, las fugitivas gamas. Usted le reciba amigable, que es vida de un naufragante, de quien fuí feliz huésped en cierta tierra algunas semanas. Admitale apacible y alegre, y atiéndale afable, para que de mi inculca pluma censure prudente faltas irreparables y de pasaje: y advierta si alguna música hallare, que el referirla él le hacia parar y trasladaba, y que así la estudié; si bien sus palabras eran mas discretas y elegantes, mas pulidas, ceditas y agradables, y á su admirable fábrica intitulaba.

En la ciudad mas sublime é insigne de la Andalucía,

llamada antiguamente de su primer artífice Hispanis, y despues de sus habitantes árabes Sevilla, que quiere decir, ciudad de risa y preciada; si bien en nuestra lengua Hispana mas justamente, pues es de las grandezas, maravillas y riquezas de la grande América, riquísima aduana. En esta, pues, ciudad inestimable, cuyas fértiles llanuras riega el célebre y apacible Betis, residí (despues que me perdí en Flandes) algunas primaveras en casa de mi padre, del cual triste de verme casi sin caudal y miserable, supliqué ahincadamente que para irme á Cataluña en una nave fuerte y bien artillada que en breve se partia, me aprestase, y allí me remitiese de su hacienda alguna suficiente parte, y de la de sus adherentes, y letras de algunas mercaderías bastantes á que de las agencias de ellas y ganancias, las fuerzas limitadas de mi débil y humilde caudal se aumentasen. Feliz fué mi suerte mas que imaginé, y á mis esperanzas, pues en breves dias me hallé en Cataluña, y tuve tanta hacienda que vender y manejar de mi padre y de partes, que la ganancia de ella, sin la agregada que grangeé de mi industria, valdria al pié largamente de cien mil reales: hervia en la juventud, aleutábame en la ventura, y parecíame que ya mi suerte adversa se humanaba y era mas afable; vivia alegre, festejaba á mis camaradas; y cual si mi hacienda fuera renta grande, permitia frecuentarme mi casa gallardas damas; celebrábalas alegres banquetes, festines y músicas, triunfaba, crecian mis delicias, echaba cada dia nuevas galas; y para que en nada mi necesidad dejase de aumentarse, me incliné á algunas tretas del naípe, y en particular á jugar las pintas, final remate de mi ventura, y pues me dí tal prisa y tal maña, que á veinte meses de Cataluña apenas se hallaban veinte reales en mi casa, y en muchas de las de mis camaradas se trataba de mi desgracia; y segun fué de acelerada, parecia increíble y andaba en dudas; mas sin ellas la creía mi desdicha, y penuria que en materias de necesidad y hambre nunca fué incrédula la experiencia. Un grande bien tienen las desgracias, una gracia particular y única las desdichas, que es el ser verdaderas; mas las dichas y venturas tienen siempre un gran mal y una desgracia, que es el ser inciertas y falsas. Y mas hallaba que pensar y sentir en las faltas de prudencia que en mi sentia, que en las de la hacienda que me faltaba, que estas parecíame las remediaria tercera vez mi padre, mas aquellas persuadíame á que mi liviandad las hacia incurables: cuchilladas, heridas, faltas y achaque de salud, fácilmente pueden curarse; mas enfermedades de cabeza tan grandes, es desperdiciar la cura tratar de curarlas, raras veces suelen ser remediadas: la abundancia de bienes y de hacienda buena es para pasar sin desaires de vergüenza la vida; mas las muchas felicidades, muchas veces hacen desvanecer, y suelen perturbar y cegar la cuesta; las adversidades, penalidades y desdichas suelen aventajarse en ser mas atinadas, pues pretenden siempre acreditarse linceas, sutiles en el ver y perspicaces.

La necesidad y miseria á que llegué fué tanta, que del gravamen terrible de mi pena y apretadas advertencias que me hacia la matemática científica de la hambre, vine á inquirir y especular, qué haria, hácia qué tierra iria, y qué manera de vida elegiria para aliviar mis males; mas representábase en la idea la inmensidad de mis necesidades y disparates, y cuán difícil era haber de satisfacer tan gran pérdida á mi padre y sus adherentes, pues aun para sustentarme fué fuerza vender algunas alhajas de mi casa y cenar muchas veces en las de mis camaradas mas familiares; y así al instante traté partirme disimuladamente á la gran Sevilla mi patria, para de allí pasar en la armada á las Indias. Supe de una nave bien artillada, que se aprestaba á la ligera sin ir á mas que á llevar unas cartas, y traer la respuesta. Embarquéme en ella sin despedirme de nadie, y en breves dias llegué á Sevilla; detúveme aquel dia en la nave hasta que escureciese y fuese bien tarde: que siempre fué temida la vergüenza, si bien la que en aquel ínter me afligia era hallarme sin blanca, y haber de ser fuerza pagar y satisfacer al capitán de la nave el pasaje y la despensa, pues siempre asistí á su mesa sin darle nada; y así me deliberé á dejarle en desquite de la deuda la espada que me ceñia antes que la capa, pues esta me abrigaba, y aquella si al salir de la nave la justicia me hallase me la quitaria, que era ya muy tarde, bien valdria la deuda que era plateada y grabada de Tauxia; mas díjeme que me pesaba de dársela, que si antes que él se fuese, pudiese desempeñarla me la restituiria: y era verdad que me pesaba, pues me precié siempre de tenerlas buenas: y así rehusé venderla en Cataluña y la reservé para el viaje; mas apretaba el capitán que le pagase y fué fuerza que ella supiese que la necesidad carece de ley sin respetar á nada. En fin salté en tierra y paseé algunas plazas y calles; y al llegar á la casa de mi padre era tan tarde, que ya la puerta de la calle estaba cerrada; llamar, hacíase de mal; deteníame la vergüenza, faltábame la audacia y dudaba tambien si me abrirían, y qué semblante al entrar hallaria en mi padre y en la gente de su casa. Fatigable entre tantas dudas, me arrimé á un pilar de una casa en la misma calle, guarecíme del zaguán de ella, y en la misma piedra de la puerta tendí mi capa, reclinéme en ella, agaséjame entre mis lástimas y tristezas, que perpétuamente me asistian: cené de mis ansias y bebí de mis perennes lágrimas; mas nadie desespere aunque sean grandes sus desdichas, fatigas y miserias, que el pesar tambien suele ser vispera del placer, si bien las mas veces del placer el pesar, mas ni siempre han de estar permanentes en un ser las desgracias, ni del mal talante la ventura: rueda es la suerte que rueda; cán-

sase de ser triste y adversa, y empieza á ser feliz y buena. ¡Quién tal de la terrible mia imaginara! ¡Quién tal creyera!

Desde mi ruda cama miraba las rutilantes estrellas, y su innumerable multitud me servia de símil á mil desdichas y pesares. ¿Cuál será decia entre mí, la de tan perversa influencia que ufana me persigue y amenaza? ¿Cuál la que pertinaz inmutable me aniquila y ultraja? Mi insufrible rabia se lleva tras sí, cual águila ligera, la perspicaz vista, y está en ellas permanente é infatigable las enmenuzaba y requería desde la mas sublime hasta la mas mínima. Mas al instante sentí cerca de mi zaguán pasar gente y silbar tres veces, y entre mí dije: Mal lugar me señala esta avara suerte; pues sin falta este que silba debe de ser amante de alguna dama de esa calle; y si trae música aquí querrá sin duda retirarse. Púseme en pié, arriméme al pilar, y sentí que á una ventana de la casa enfrente tiraba una china el que antes silbaba, y que una mujer le daba la respuesta en estas breves y sucintas palabras: Vete y ven á la una sin falta. Retiréme, quité de mi cama de piedra la sábana que era mi capa, púsenrela y antes de la una fuíme á la misma estancia del amante, tiré disimuladamente (con la delicadeza que él pudiera) mi piedrezuela, y tirada vi que salia la mujer á la ventana y me decia: Apare, galan, apare y espere. Gentil palabra dije entre mí; mas parece de ángel que de mujer. Aparé mi capa y halléme en ella brevemente una taleguilla de buena traza, saqué la daga, abrila aprisa, y tenté del metal de mas excelencia, segun pesaban, cadenas, cruces, manillas, cuentas y arracadas, sin muchas preseas, piezas y cartas que debian de ser de gruesas perlas y finas piedras, segun lucian y brillaban. Al instante vi bajar la mujer, que determinada y resuelta me decia: ¿Cumpli mi palabra galan?

Mis respuestas eran tan sucintas y breves, que sin ella echar de ver su desgracia, la pudo asegurar y guiar hasta muy cerca de la apacible alameda; mas en la última calle de la ciudad, á la luz de una linterna, que en una esquina una excelente cruz y de admirable fábrica alumbraba, fué á mi engañada dama patente su desdicha y mi cautela. Aquí la ví al instante, y aquí al escucharla estas breves palabras: ¡Ay de mi triste! la ví caer en tierra desmayada, y divisé en ella la rara belleza de un ángel, que en breve y en un instante la alegría de su agradable semblante mudaba en pura tristeza, y que de su tersa frente y alegres megillas, las azucenas, púrpura y jazmines, reducía y cambiaba en palidez funesta, oscura y triste, y que juntamente eclipsadas sus luces peregrinas, expelia de ellas dilatadas lluvias de gruesas perlas que al juntarse á las que un fragante y excelente clavel descubria, les daban vaya de su firmeza, y se deshacian para llegar mas aprisa á guarecer el alma que entre tantas penas y ansias padecía. Lleguéme á ella humilde, animéla afable, asistíla prudente, y finalmente amante, la dije estas palabras: Cesen, querida prenda mia, cesen ya las perennes fuentes de riquezas, acreditada estais, mi bien, de liberal y franca; dejad de regar la dura tierra, enjugad las tiermas lágrimas, divertid la fatiga, resistir invencible á tanta pena, quizá será mas suave y feliz, que infeliz y triste vuestra desgracia. Si á un galan buscais, aquí tenéis un amante firme: que la firmeza en amar, es la gala mas apacible y agradable. Ea, bien de mi vida, ea, luz de mi alma, mirad que amanece, embargue al alba del día el alba mas agradable, pues mas se le aventaja ya su luz y beldad; retirela vuestra gran belleza, pues es mas insigne, y advertid que á sentirse la falta que hareis en vuestra casa, puede ser irremediable vuestra fuga: seguidme, prenda amada, venid segura, que defenderé vuestra integridad y pureza hasta la muerte, sin que nadie pueda ultrajarla; aquella señal divina, aquella cruz sagrada falte á mi muerte si faltare en mí esta fe, esta firmeza, esta palabra que así intenta el alma merecer escuchar la que desea, que ya me admití; y si me la dais, de hacerme querida prenda vuestra, remediada puede ser la pérdida. Aquí tenéis la taleguilla de vuestras preseas, sin que de ellas falte la mas mínima. Andrés de Cantillana me llama en Flandes la fama, y en Sevilla el galan; dicha que escuchar merecí de vuestra misma lengua. De mi padre Miguel de Cantillana, la hacienda mas es que mediana, y el ilustre mercaderen esta tierra. Mas bien debeis de saber quién es que vive en vuestra calle misma.

De esta suerte excluí sus penas y aseguré mis esperanzas; mas la respuesta de Laura (que así se llamaba esta rara y peregrina beldad; peregrina mil veces, pues divulgada su gran fama, la peregrina la llamaban generalmente) fué callar, levantarse y seguirme, sin preguntarme á qué parte la llevaba, ni qué intentaba hacer de ella; y así me deliberé á navegar segunda vez á Cataluña. Guíela hácia la marina hasta que la puse en la misma nave en que vine, la cual hasta el siguiente dia habia de reiterar su viaje, pues dadas las cartas, á que fué su venida, ya la respuesta de ellas tardaba y el capitán quisiera partirse sin ellas. Supliquéle que la cámara misma que traje, que era despues de la suya la principal de la nave, esa me señalase para mí y mi querida prenda. Desempeñé mi espada; mas para mas empenarle á que en el pasaje usase de su libertad y de la franqueza de su mesa, le dí una cadena de las que llevaba y fué prenderle de ella que el dar, cautiva libertades: las demás cadenas y preseas dejé en la taleguilla y se la entregué á Laura para que ella las guardase y para que así se certificase de que las preseas de su belleza y riquezas de su amistad, eran para mí de mucha mas estima.

(Se continuará.)

## Fiesta

DE LOS MARINOS DE ARCACHON.

Arcachon es la estacion balnearia privilegiada de los bordeleses que, despues de haber terminado sus negocios, van allí en una hora y vuelven en la mañana siguiente á Burdeos, despues de haber tomado un baño de mar, comido con la familia y pasado una velada entretenida en la playa ó en el Casino. Estos son los afortunados de la poblacion; los demás se contentan con aprovechar los trenes baratos que hacen el viaje redondo todos los domingos por un precio mínimo.

El domingo y el lunes de la última semana la alluencia de visitantes era mayor aun que de costumbre, porque se celebraba en Arcachon la interesante festividad de los marinos del barrio de la Teste. No emprenderemos aquí una relacion circunstanciada de estas magnificas ceremonias, cuyo episodio principal se ve representado en nuestra lámina. Es el momento en que toda la procesion náutica llega á su destino sobre el punto de la playa que cae delante de la casa del célebre predicador Minjard, no muy lejos de la iglesia de San Fernando.

Desde el regreso de las cenizas de Manin á Venecia no se ha visto una fiesta maritima mas bella, mas imponente que esta de los marinos de Arcachon. C. DE L.

## El del capuz colorado

(Continuacion.)

«Al noble don Nuño de Torre la Selva, ¡salud!

» Si vais por la derecha, tropezareis conmigo; si por la izquierda, conmigo tambien; si en línea recta, conmigo siempre. Solo os queda un medio; retroceder. Entre vos y doña Beatriz, está

» EL DEL CAPUZ COLORADO. »

— Y bien, ¿qué quiere decir esto? preguntó don Fadrique, volviendo en todos sentidos el escrito.

— ¡Cómo! ¿no comprendéis?

— No, á fe mia.

— ¿Recordais el último torneo?

— Sí.

— ¿Teneis presente al caballero vencedor?

— ¿Un paladin incógnito?

— Sí. Pues bien, ¿recordais que este caballero recibió el premio de manos de vuestra hermana, la cual, viéndole herido en un brazo, dióle para envolversele su capuz de grana?

— En efecto.

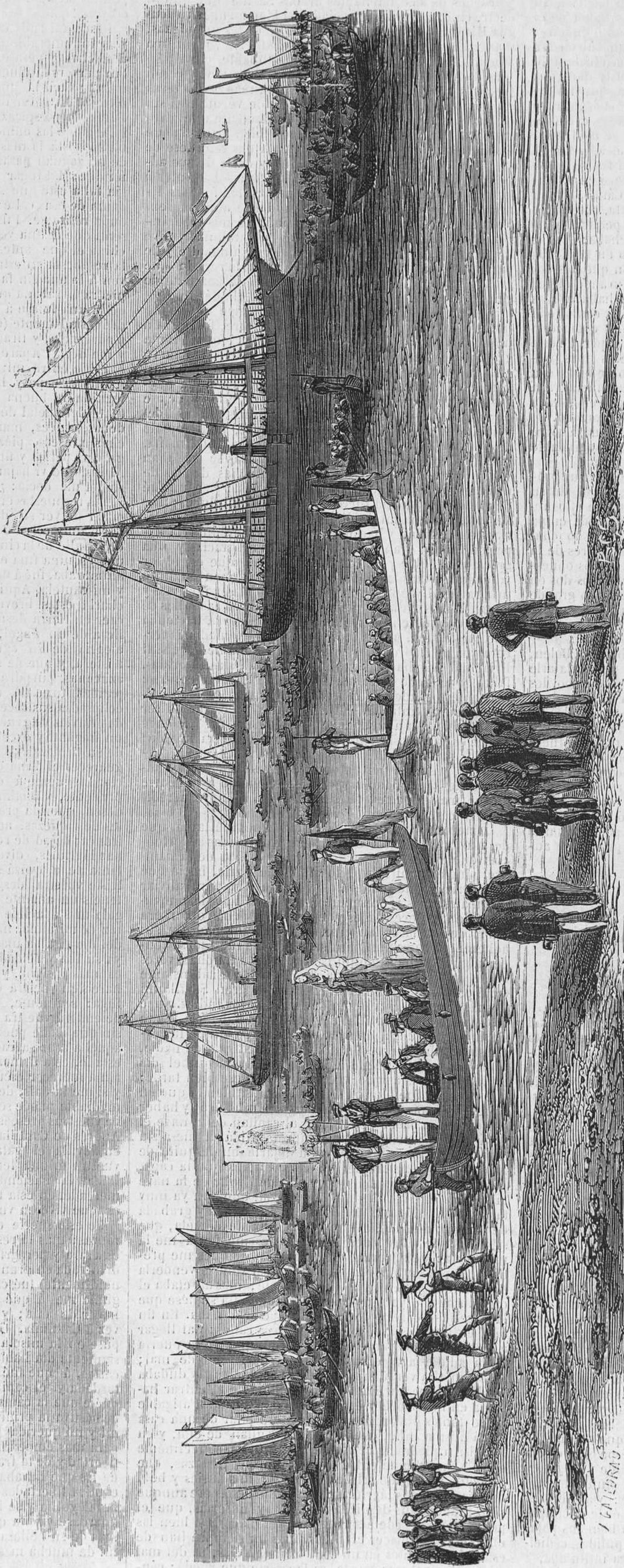
— Mas tarde, reales ó ficticias, se han atribuido á este incógnito varias hazañas, y el vulgo, dado siempre á lo misterioso, le ha aplicado el nombre de *caballero del capuz colorado* en memoria del que recibió de vuestra hermana, y que, segun dicen, lleva pue-to.

— ¡Ah!

— Quiere pues decir todo esto, que el incógnito es mi rival, que tiene pretensiones la mano de doña Beatriz.

Don Fadrique miró fijamente á Torre la Selva.

— ¿Vos lo creéis así?



Fiesta de los marinos de Arcachon. — La procesion náutica.

— El escrito lo manifiesta.  
— Don Nuño, dijo revistiéndose de altivez el de Guzman, es demasiado noble mi hermana para fijar su vista en un aventurero paladin; estima en mucho el lustre de su prosapia para descender á unos vulgares y romancescos amores, es demasiado obediente para no cumplir la palabra que con vos tengo empeñada.

— Sin embargo, don Fadrique, esta palabra que de vos he recibido, no me ha sido ratificada aun por vuestra bella hermana. Tengo vuestro consentimiento, pero no el suyo.

— ¿Y para qué lo necesitáis? ¿De cuándo acá las hembras de Castilla se opondrian á la voluntad de los varones? ¿Habeis visto jamás, don Nuño, que una dama bien nacida se opusiera al mandato del jefe de su casa, siendo este hidalgo? Desengañaos, mi voluntad es la suya. Me obedecerá sumisa; para esto es mi hermana. Y en cuanto á este escrito, despreciadle como el parto de un loco. ¿Qué tenéis vos que ver con caballeros incógnitos, con aventureros de justas y galanteos? Suba él hasta vos, y entonces podreis hablarle de igual á igual.

Don Nuño no contestó, pero en su rostro se pintó cierta expresion de desagrado.

— A Dios no plegue que dude nunca de vos ni de la vuestra palabra, pero el diablo anda suelto, don Fadrique, y el corazon de las mujeres es una ballesta pronta á dispararse del arco.

Don Fadrique reprimió un movimiento de despecho y dijo:

— ¿Qué es pues lo que deseais? habladme claro.

— Que deis parte á vuestra hermana de la palabra que tenéis empeñada conmigo.

— Sea, accedo á ello, y para probaros que es noble doña Beatriz y que jamás desmentirá su cuna, iremos ahora mismo á su encuentro y la pediremos dia para efectuar el enlace.

— Pláceme.

— Seguidme pues.

Abandonaron entrambos el salon de armas, y despues de haber cruzado varios corredores, llegaron á las habitaciones de doña Beatriz, pero no estaba. Hallábase con sus damas en un pabellon del parque. Allí se dirigieron los dos nobles.

A veinte pasos del pabellon que asomaba su redondez y góticas ventanas entre el bordado cortinaje de la enramada, como un nido de amores oculto en el corazon del bosque, un jóven page de rubia cabellera, con las armas de Guzman en el pecho y el traje blanco y carmesí, que eran los colores de su duena, se presentó á impedir el paso á los dos caballeros.

— Page, id á decirle á doña Beatriz, que su hermano y el noble caballero don Nuño desean presentarle sus homenajes.

El mensajero hizo un saludo y partió. Tardó un buen rato en volver.

— Mi señora, dijo el page, saluda á don Fadrique su hermano y á don Nuño el noble caballero, y les ruega pasen adelante para asistir á la relacion del recién llegado trovador.

— ¡Cómo! ¿Hay un trovador con las damas? preguntó don Fadrique.

— Sí, está Arnaldo, el famoso trovador provenzal, favorito de doña Beatriz.

Las Bellas Artes disfrazadas, por Andrieux.



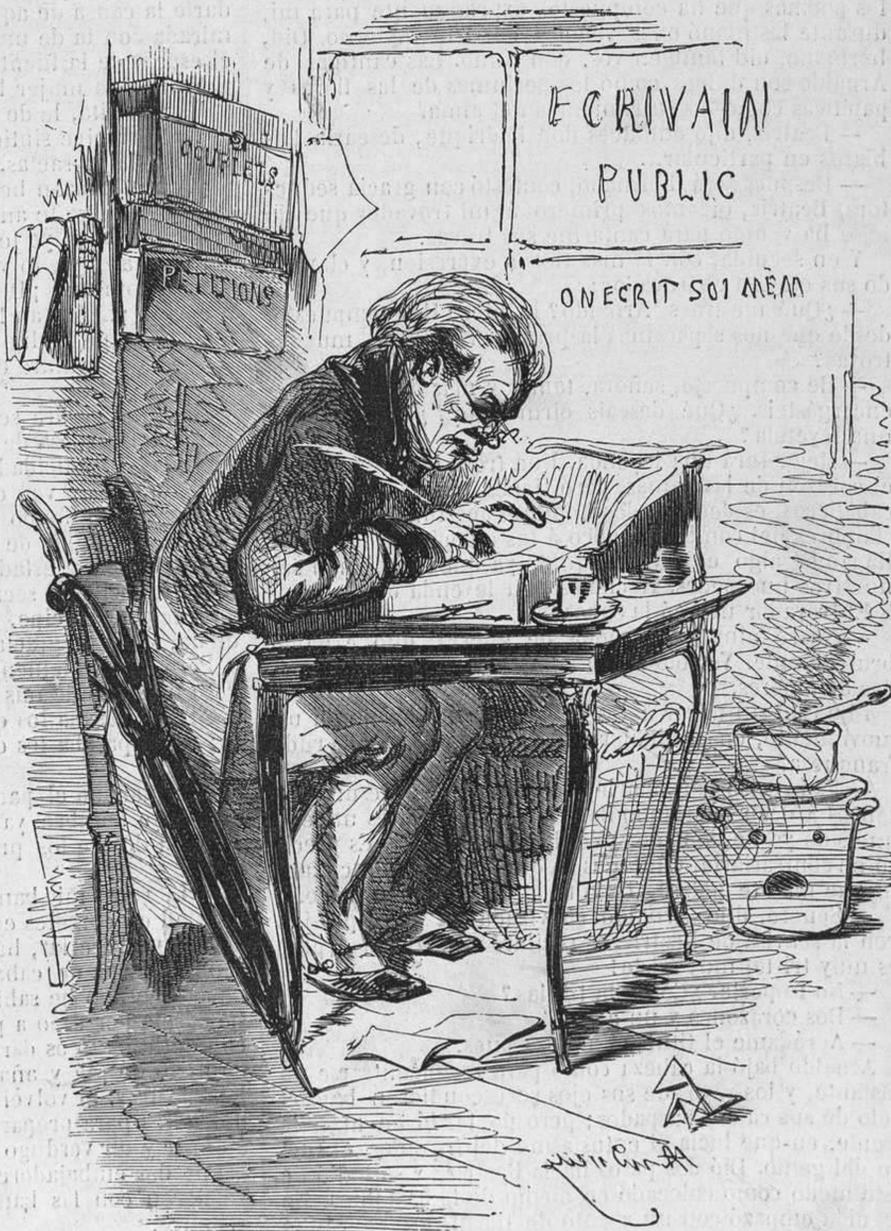
La Música.



La Pintura.!



La Escultura.



La Literatura.

Don Fadrique y don Nuño, guiados por el page, entraron en el pabellón.

Cinco ó seis damas, á cual mas bellas, estaban sentadas en un ángulo de la ovalada estancia y ayudaban á doña Beatriz, colocada en medio de todas como una reina, á bordar una preciosa banda de colores, entre los que sobresalian, sábiamente combinados, el carmesí y el blanco.

Renunciemos á pintar á doña Beatriz. Son débiles todos los colores de la mejor paleta para dar una idea de su hermosura, de su gracia, de la expresion de su semblante. Nos basta saber que era llamada por todos *la bella de las bellas*. Nos basta saber que era en todas las justas y torneos la reina del amor y de la hermosura. Nos basta saber que al presentarse ella en un salón lleno de damas seductoras de belleza y de atractivo, sofocaba con su rostro todos los rostros, como desaparecen ante el esplendor del sol las tímidas y avergonzadas estrellas...

Cuando andaba, sus piés apenas herian el suelo y uno se preguntaba cómo no nacian rosas en sus huellas; cuando hablaba, su voz era dulce, simpática como el sonido de un arpa; cuando miraba, su mirada quemaba como un rayo de sol.

— ¡Bien venido sea mi noble hermano y su caballero huésped don Nuño! dijo Beatriz al ver entrar á los dos nobles. Dadles asiento, page.

Los caballeros se sentaron inclinándose.

— En buen hora habeis llegado, señores, continuó doña Beatriz, pues vais á tener el placer de oír á mi trovador favorito cantar una de sus bellas baladas, ó recitar una de sus dramáticas leyendas.

Don Fadrique y don Nuño volviéronse entonces á un tiempo hácia el extranjerero que la noble castellana les indicaba, y en el cual no habian fijado la atencion al entrar en la estancia.

Era un hombre de mediana edad, de facciones agradables y enérgicamente pronunciadas, pero cubiertas de un baño de suavidad y dulzura: sus negros cabellos caian en flotantes rizos sobre sus hombros, desprendiéndose de una gorra carmesí de graciosa hechura, coronada con la simbólica pluma de pavo, pluma que estaba retenida por un cintillo de perlas, regalo de *la bella de las bellas*: leíase en sus ojos la mas simpática expresion de melancolía, y su cabeza se balanceaba muellemente con la misma gracia particular que tenia cada uno de sus movimientos. Todo en aquel hombre revelaba la pasion y el entusiasmo, pero reprimidas ambas cosas por la tristeza que debía roerle el alma como un cáncer.

Estaba apoyado con una mano sobre su arpa en la mas natural y mas agradable postura, y se inclinó ligeramente al verse blanco de las miradas de ambos caballeros.

Beatriz dejó transcurrir un momento y prosiguió en seguida:

— Ayer cogí en mi vergel la primera violeta de los campos y hoy llega mi trovador Arnaldo á recitarme los poemas que ha compuesto, expresamente para mí, durante las monótonas veladas del frío invierno. Oid, hermano, oid también vos, don Nuño. Las cántigas de Arnaldo son dulces como los perfumes de las flores y patéticas como los sufrimientos del alma.

— Beatriz, dijo entonces don Fadrique, desearia hablarlos en particular...

— Despues será, hermano, contestó con gracia seductora Beatriz, oigamos primero á mi trovador que de lejos ha venido para cantarme sus trovos.

Y en seguida, con la mas tierna expresion, y clavando sus ojos en el trovador:

— ¿Qué me traes, Arnaldo? le dijo. ¿Has compuesto, desde que nos separamos la primavera última, muchas trovos?

— He compuesto, señora, tantas y mas de las que me encargasteis. ¿Qué deseais oírme hoy? ¿Un cantar ó una leyenda?...

— Mejor será una leyenda. Una trova interesaria mas el corazón de las damas, pero tienes por oyentes á dos caballeros, es decir, á dos hombres acostumbrados á los clamores del combate y poco á las emociones del amor. Hagamos algo en su obsequio, ya que se dignan ser nuestros huéspedes. Recítale una leyenda de guerra.

El trovador meneó la cabeza.

— No sé ninguna leyenda de guerra, dijo Arnaldo bruscamente. Yo solo habia compuesto para vos leyendas de amores.

Dijo esto sin mirar á los caballeros que hicieron un movimiento, en particular don Nuño, ante aquella ruda franqueza.

— Es preciso perdonarle, don Nuño, se apresuró entonces á decir sonriendo Beatriz, mi trovador es un leon que solo yo he domado. ¿Verdad, Arnaldo?... Es preciso no contrariarle. Cántanos lo que quieras ó recítanos lo que mas te plazca. Todo te lo oiremos con gusto.

— Señora, dijo Arnaldo suavizada ya su expresion con la sonrisa de Beatriz, os recitaré una leyenda, ¡pero es muy triste, muy triste!

— No importa. ¿Cómo la titulas?

— Dos corazones y un alma.

— Agrádame el título. Empieza pues.

Arnaldo bajó la cabeza como para reconcentrarse un instante, y los rayos de sus ojos se escondieron bajo el velo de sus caidos párpados; pero no tardó en alzar la frente, en que lucia el entusiasmo del trovador, el fuego del genio. Dió dos pasos hácia Beatriz, y se halló de este modo como colocado en medio de la asamblea. En seguida empezó con un acento de tiernísima expresion y con una voz melancólicamente dulce.

Doña Beatriz soltó el bordado y aplicó un dedo á sus labios para encargar á todos el silencio.

El trovador dijo de esta manera:

## DOS CORAZONES Y UN ALMA.

Es á la Reina y Señora de los cielos á la que tantas virtudes han coronado de laureles y á la que de la gracia y del candor ha obtenido la triunfante palma, es á aquella hasta quien ha subido, como un pájaro divino el bello cisne de púdicas alas para abrigarse tímido en su regazo, á quien pido un poco de inspiracion y un poco de elocuente númen para que pueda contar la crueldad mas deplorable, la triste escena de un infortunio que lloran hasta las estatuas de bronce y de mármol.

En un reino cuyo nombre ya he olvidado, nació un príncipe moreno de rostro, pero blanco de alma. Era bello como un crepúsculo de tarde. Las hadas asistieron á su nacimiento y tocándole con sus varas de junco verde le dijeron: ¡Tú serás feliz!

Pero llegó una *elfa*, que venia del Norte cabalgando en una nube blanca, y tocándole con un ramo de flores, le dijo: ¡Tienes corazón, tú serás desgraciado!

Dieron al príncipe el nombre de Arturo.

Cuando estuvo en edad, su padre le casó con una princesa que llegó á la capital para efectuar el enlace, seguida de un ilustre cortejo, y en particular de una dama, cuya belleza debía igualar á su desgracia. Era Edita, la de los ojos negros. Ya os lo he dicho, y esto baste.

Y bien pronto murió la princesa. El dolor de su esposo fué cruel, y huyó de la sociedad con el corazón traspasado como un gamo herido que se refugia en las entrañas de la selva.

Todo concluye con el tiempo. El día sucede á la noche, la calma á la tempestad.

El príncipe para distraerse se paseaba por el jardín y se entretenia en mirar las flores. Un día dejó las flores y se puso á mirar el agua de una fuente. Era una fuente tan rara, que el estanque era de alabastro con otro estanque de plata.

Arturo se miró en el espejo de las aguas y vió en el fondo dos ojos negros clavados en sus ojos.

— ¡Es extraño! murmuró Arturo. Hay dos ojos en el fondo del agua.

Y volvió á mirar, y allí estaban los dos ojos.

El príncipe fué á dar una vuelta por el jardín. Era el primer día de mayo. Los árboles llenos de hojas cantaban himnos, las enramadas sombrías llenas de misterio trovaban amores, las flores llenas de perfumes lanzaban suspiros.

El príncipe se dijo:

— Yo estoy inquieto, yo tengo algo en el corazón.

El fuego busca el agua. Arturo se volvió á la fuente y tornó á contemplarse en su frío cristal. Allí estaban los ojos. El príncipe volvió los suyos al cielo para demandarle la causa de aquel misterio, y entonces tropezó su mirada con la de una mujer que estaba inclinada sobre el espejo de la fuente.

Y era una mujer bella para hacer morir de amor.

Y era Edita, la de los ojos negros.

Y el príncipe sintió caer sobre su alma, una tras otra, una lluvia de saetas.

¡Pobre corazón herido! ¿quién le cura ahora?

— ¡Edita, yo te amo!

— ¡Príncipe, yo te amo!

Se aman, ya lo veis: ¿Cómo impedirlo? Quien le dice al corazón: ¡Detente! Tanto valdria decirle á un muerto: ¡Levántate!

El príncipe le dijo á Edita:

— ¡Yo te sentaré en un trono, yo te haré reina, yo seré tu esposo.

Mientras espera ser reina y sentarse en un trono, Edita es la esposa de Arturo. Se han casado en secreto, se aman, su felicidad no tiene límites, porque su dicha es ignorada. Se ven en el fondo de un castillo como dos palomas en el fondo de una floresta. El príncipe es el hombre mas feliz de la tierra.

Si yo hubiese estado entonces en aquel reino y hubiese conocido el secreto de Arturo, le hubiera gritado: «Príncipe, príncipe, tú tienes corazón. La *elfa* te lo ha dicho, serás desgraciado.»

Pero probablemente el príncipe no hubiera hecho caso tampoco de mis palabras.

Arturo pasaba los días mirándose en los ojos de Edita; Edita pasaba los días mirándose en los ojos de Arturo.

Una mañana el padre del príncipe, el rey de aquel país cuyo nombre ya os he dicho que tengo olvidado, llamó á dos de los primeros nobles de su reino y les dijo:

— Llevo mi bandera de honor y mis heraldos, montad en corceles enjaezados con gualdrapas cuajadas de oro y pedrerías, haceos acompañar por la mas rica y lujosa tropa de caballeros, y partid al reino vecino, cuyo soberano he sabido que tiene una hija doncella. Pedídsela por esposa para mi hijo. Si regresais con su consentimiento os daré tanto oro como pueda bastar á cubrirlos de pié y añadiré nuevos títulos de nobleza á los vuestros. Si volveis sin el consentimiento, os daré dos horas para prepararos, un sacerdote que os ayude á morir y un verdugo para que os corte la cabeza.

Los dos embajadores cabalgaron en sus caballos y partieron con las banderas desplegadas que azotaban los aires.

El rey de la comarca vecina, cuyo nombre he olvida-

do también, les dijo que su hija Leonor se daría por muy feliz de tener por esposo el hijo de un rey tan nombrado, y les colmó de presentes y regalos. Añadió asimismo que con todos los caballeros de su casa partirían antes del noveno día para acompañar á la infanta al altar donde la esperaba el príncipe.

Arturo, que no sabia nada, solo se enteró cuando vió llegar al rey del país vecino con la infanta Leonor, que era bella, muy bella, preciso es decirlo, pero no tanto como Edita, la amada de su corazón.

Y aquí empiezan las desgracias del príncipe y lo lamentable de la historia.

Arturo abrazó á Edita, la besó en la frente, sentó en su falda el hijo que de ella habia tenido, que era una criatura inocente y bella, con la tez varonil y morena de su padre y los ojos negros y hermosos de su madre, y montó á caballo.

En una carrera del noble animal llegó á las puertas del palacio donde estaba alojada Leonor, la infanta que habia venido á casarse con él.

Y se apeó, y entró, y la vió, y la habló, y la dijo como tenia por esposa á Edita, la de los ojos negros, y como habia en el mundo una criatura bella como un cielo que le tendia cada mañana sus manecitas y le llamaba su padre.

La infanta Leonor palideció visiblemente y desde aquel día empezó á derramar copiosas lágrimas.

Llorando hallóla una tarde su padre, el rey de la vecina comarca.

— ¿Qué tienes, hija mía, mi luz y mi vida?

— ¡Ay padre! el príncipe Arturo está casado, casado con Edita, la de los ojos negros.

El padre de la infanta sintió amargamente el desaire que se hacia á su hija, tornóse á su país y mandó que empuñaran las armas.

Ya suena el clarín llamando á la guerra; bélicos clamores pueblan los aires; tiembla la tierra al paso de los briosos alazanes; por todas partes bosques de lanzas, ejércitos que marchan con las banderas desplegadas.

El rey, padre de Arturo, se asoma un día á las murallas y ve sitiada su capital. Teme la arrogancia del enemigo, teme su furor y pide treguas.

Treguas le fueron concedidas.

Reunió entonces á sus consejeros y, subiendo á su trono, les pidió sus consejos. Su contestacion fué que Edita debía morir, porque ella era causa de la guerra: su contestacion fué que debía morir el hijo inocente de aquellos amores, porque era un obstáculo al nuevo enlace.

¡Dios les haya perdonado el consejo!

El rey se opuso, trató de resistir, pero su consejo entero decretó la muerte y el rey firmó la sentencia. Edita debía morir decapitada y su hijo ahogado.

Pusieron á recaudo al príncipe en la prision del palacio y leyeron la sentencia á la noble víctima, á la tierna oveja que iban á sacrificar en el altar de la barbarie. Los ojos negros de Edita dejaron escapar dos arroyos de lágrimas. Y no lloraba por ella, lloraba por su hijo, al que iban á arrancar de sus brazos para matarle como á su madre.

Regó con su llanto los piés de sus verdugos. Sus lágrimas eran tan puras que hubiera podido beberlas un ángel.

Aquí mi voz se detiene trémula, mis ojos se humedecen y mi pecho late.

La pena y el tormento aprisionan mi lengua, que no hace mas que balbucear lo que refiere.

No contaré lo que costó arrancar el hijo de aquella madre amante, no diré ni sus angustias ni sus lágrimas de sangre: no hablaré de aquella escena capaz de partir las rocas á fuerza de dolor y de amargura.

Mientras unos verdugos asesinaban á la pobre inocente criatura, que llorando llamaba á su madre, otros arrastraban á Edita hasta al pié de un pilar, donde la hicieron ponerse de rodillas. En seguida la pérdida cuchilla cortó aquel cuello que habia sido tan hermoso.

Así cayó aquel copo de nieve matizado de púrpura.

Así murió Edita, la de los ojos negros, y así murió también su hijo, la pobre y tierna criatura que tenia la tez morena de su padre y los ojos negros de su madre.

Hermosas damas que me oís, ¿no teneis una lágrima para llorar tanta desventura?

Cuando el príncipe salió de la prision fué como si le hubieran abierto á un leon hambriento su jaula.

Hizo matar sin misericordia á los consejeros de su padre, y arrancándoles el corazón se lo dió á comer á los buitres. De los asesinos de Edita, solo respetó á su padre.

Hizo desaparecer la noche del panteon con la luz de mil antorchas, hizo abrir el féretro de su esposa y depositó la sagrada corona sobre su cabeza. Quiso en seguida que todos los nobles uno á uno fuesen á besarle la mano, y que todo el pueblo le prestase juramento de homenaje como á una reina.

Terminado todo, él mismo se arrodilló y pegó sus labios á la fría mano.

Cuando los cortesanos se acercaron queriendo arrancarlo á tanto dolor, le hallaron muerto.

Esta es la leyenda de los dos corazones y un alma, hermosas damas. Si no os ha gustado, perdonad al trovador que os la ha referido.

Concluyó de hablar Arnaldo y se retiró en seguida á su antiguo puesto junto al arpa, apoyando en ella el

brazo y descansando en el brazo su ardorosa frente.

En cuanto á las damas, se hallaban todas conmovidas y Beatriz habia tenido que enjugar sus ojos mas de una vez durante la relacion de Arnaldo. Solo don Fadrique y don Nuño habian permanecido impasibles, y aun el segundo se admiraba de que aquella relacion hiciera llorar á las damas.

Hubo un rato de silencio que interrumpió la bella de las bellas.

— Acercaos, Arnaldo, dijo al trovador, vuestras leyendas son mas tristes que las enamoradas cántigas de Cahestany, pero dulces como las primeras ilusiones del amor.

Arnaldo se habia acercado á Beatriz. Todavía brillaba el fuego sacro en sus ojos, y su rostro reflejaba la emocion del alma. La hermosa doncella hizo poner de rodillas al melancólico trovador, y quitándose un hermoso collar de menudas y pulidas perlas que la adornaba, se lo puso al cuello diciéndole:

— Arnaldo, llevad este presente en memoria mia, y que os recuerden sus perlas las lágrimas que estas damas han vertido al escuchar vuestra peregrina leyenda. Idos ahora, añadió viendo que su hermano don Fadrique hacia una visible señal de impaciencia, mañana volveréis de nuevo y nos cantareis una de vuestras trovas de amores, una de esas trovas lánguidas como suspiraba Blondel bajo las tiendas de los héroes cruzados, como las que solo sabeis cantar vosotros los hijos renombrados de Provenza y Cataluña.

Arnaldo aplicó un beso de fuego en la mano de Beatriz, á quien debió quemar el contacto de aquellos labios, y dirigiéndola una mirada sublime de expresion y de ternura que no escapó á don Nuño, salió de la estancia. El de Torre la Selva siguió con la vista al trovador hasta que hubo desaparecido.

— Mucho me engaño, añadió en seguida para sí, ó ese vagabundo cantor de coplas se atreve á estar enamorado de doña Beatriz. Como supiera tal, le hacia colgar de una de las almenas de mi castillo para que sirviese de blanco á mis arqueros.

Entre tanto Beatriz habia dado permiso á sus damas para que fueran á pasear por el jardin, interin ella hablaba con su hermano y su amigo don Nuño.

Cuando vió sola á la doncella, don Fadrique se levantó, y acercándose, la dijo con cierta especie de solemnidad:

— Beatriz, el noble y digno caballero que aqui veis conmigo es don Nuño de Torre la Selva: por sus venas corre la sangre ilustre de los primeros nobles de Castilla, y sus títulos son los mas bellos de la corona de Don Juan II.

Beatriz fijó sus ojos en su hermano como para interrogarle con muda pregunta sobre la causa de aquel extraño exordio.

Don Fadrique prosiguió:

— Este caballero es á mas mi muy particular amigo y hermano en el pacto solemne que tenemos hecho de derribar á ese odioso marqués de Villena. Para afirmar nuestras relaciones y unir con un lazo mas estrecho nuestra mútua amistad, he creido deber prometerle vuestra mano.

Beatriz no hizo el menor movimiento; su bello rostro no perdió ni uno de los menores rasgos de expresion.

— ¡Ah! dijo solo, le habeis prometido mi mano.

Y separando sus ojos de don Fadrique para fijarlos en Torre la Selva.

— ¿Os ha prometido mi mano? añadió.

— Señora... balbuceó el atónito Nuño herido por aquella frialdad glacial de la doncella.

Beatriz pareció descansar por un momento la mirada en el que se le presentaba como su futuro. La doncella conocia poco á don Nuño á quien apenas habia visto algunas veces. El de Torre la Selva no tenia un exterior muy notable, al contrario, era casi repugnante. Sus ojos undidos se veian coronados por unas pobladas cejas, y lanzaban fatídicos rayos; sus facciones carecian de la noble regularidad que acompaña siempre á los hombres de raza; su boca extraordinariamente grande, solo daba paso á una sonrisa en gran manera vulgar, y sus modales incultos eran poco á propósito para cautivar á una dama.

En los ojos de la doncella leyó don Nuño toda la impresion desfavorable que le habia causado el exámen. Sufrió de ello su orgullo y se mordió los labios de despecho.

— ¿Y habeis vos aceptado mi mano ofrecida por don Fadrique? preguntó Beatriz.

— Con solicitud, contestó el de Guzman, interpretando en otro sentido las palabras de su hermana dirigidas á don Nuño.

— El caballero de Torre la Selva, dijo entonces Beatriz, debiera, creo, haber empezado por consultar mi corazon.

— ¿Vuestro corazon? ¿y por qué? preguntó cándidamente el sorprendido don Fadrique.

— Porque así se hubiera evitado un desaire.

Un rayo caído á sus piés no hubiera sorprendido tanto á los dos caballeros como aquellas palabras de la de Guzman. Don Fadrique se puso pálido y don Nuño livido.

— ¿Seriais capaz, hermana, repuso don Fadrique trémulo de ira, seriais capaz de no obedecer mi mandato? Doña Beatriz levantó hácia el conde unos ojos en que se pintaba toda la fiereza de raza.

— Los Guzmanes, dijo, no obedecen jamás ningun mandato.

— ¡Hermana!

— Evitemos inútiles discusiones, dijo Beatriz con una

serenidad y altivez que solo podian pertenecer á ella, únicamente será mi esposo el que me dé cumplidas muestras de valor y de heroísmo. Si don Nuño pretende mi mano, es menester que la conquiste, que la gane en la liza de la gloria y la caballería. ¿Veis esta banda que bordando estoy? Es para adornar con ella el pecho del valiente que en el próximo torneo venza á Mice Roberto, señor de Balze, y á sus veinte caballeros alemanes venidos todos para lidiar con los castellanos. Castigue don Nuño la osadía de unos extranjeros que vienen á medir sus armas con las de nuestros caballeros, hágales morder el polvo del palenque, humille su arrogancia, haga triunfar mis colores y la bizzarria castellana, y entonces Beatriz de Guzman será el premio del vencedor.

Las palabras de la noble hija de los Guzmanes no tenian réplica. Era muy comun en aquel tiempo ver á una dama, antes de comprometer su mano y su suerte, exigir de su adorador una prueba leal, la prueba de la lucha y del palenque. Don Fadrique, reprimiendo mal su ira, tuvo que aceptar, y don Nuño, sonriendo con desden y con orgullo, murmuró un necio y jactancioso cumplimiento.

Era Torre la Selva un hombre que se tenia formada una alta idea de sus prendas personales, y su vanidad le impelia á creer que no hallaria en el campo resistencia posible, pues no la habia, segun él, para su valor y arrojo.

### III.

#### EL TORNEO.

Nada mas cierto que lo que habia indicado la hija de los Guzmanes. Segovia habia visto llegar á veinte caballeros llevando á su cabeza al famoso alemán, Mice Roberto, señor de Balse, que en busca de aventuras habian venido á Castilla, deseosos de medir sus armas con los hidalgos castellanos.

Mice Roberto, conocido por cien hazañas que habian hecho su nombre famoso en todos los países, envió heraldos en todas las poblaciones y castillos para hacer saber que, amigo ó enemigo, cualesquiera, con tal que fuese caballero, podia presentarse á romper en honor de su dama una lanza en el torneo de Segovia.

Ya se comprenderá que semejante invitacion debió de agitar y poner en movimiento á toda la caballería. Era un asunto de amor propio y de honor nacional. Los campeones mas renombrados de la época, los hidalgos de mas prez, los caballeros mas aguerridos y mas célebres de las justas, todos acudieron presurosos á Segovia, y á medida que llegaban iban á hacerse inscribir en casa los jueces del campo á quienes revelaban su nombre ó el anónimo que pretendian usar.

La flor de la caballería se habia dado cita en Segovia para la justa, y en verdad que Mice Roberto y sus veinte caballeros iban á conquistar gran fama de buenos lidiadores si salian con bien del paso de armas donde se aprestaba á luchar con ellos lo mas escogido de la caballería castellana, que era una de las caballerías mas reputadas del mundo.

Cada dia veia llegar Segovia á su recinto numerosas bandadas de gentes atraídas por el torneo; ya eran damas de elevada distincion que llegaban seguidas de su lujosa comitiva de pages, montadas en airosos palafreñes, su corona de nobleza en la frente y su caparazonado halcon en el puño; ya eran trovadores que acudian con su modesta lira á la espalda, su cigarra de oro pendiente de la gorra provenzal, bordada en el pecho la violeta de oro ganada en los florales juegos de Tolosa ó Barcelona, y el alma dispuesta á cantar las proezas y bizzarrias del vencedor de la justa; ya eran gentes de todas clases y condiciones que se presentaban para aplaudir y loar á los mas valientes; ya en fin, los mismos caballeros que pensaban tomar parte en la justa y que corrian seguidos de su acompañamiento, armados de todas armas, luciendo al sol sus pulidas armaduras, ostentando sus célebres ó misteriosas divisas, y tremolando sobre sus bruñidas cimbras los penachos y plumas con los colores de sus damas.

Hidalgos y plebeyos, nobles y villanos, todos querian presenciar la liza del honor y la galantería.

Lució por fin la apetecida aurora y al son de las trompetas que anunciaban el marcial empleo de la jornada, la muchedumbre empezó á esparcirse por el campo, afueras de Segovia, donde se habia levantado el palenque. Ocupaba este una vasta extension de terreno cuadrilongo y cerrado con empalizadas, á cuyo derredor corria una inmensa gradería ocupada en su mitad por una cómoda y vasta galería en que debian tomar asiento las damas y los nobles.

En la parte occidental del palenque, en el centro, se elevaba una especie de palco sobre el cual flotaban tres banderas con los colores y armas de Castilla. Era el sitio destinado al príncipe don Enrique y á su distinguido acompañamiento. Tanto en las galerías como en el palco, las gradas, las paredes, las columnas, todo desaparecia bajo vistosos tapices, bajo magníficos terciopelos recamados de plata, ó tras de espléndidos cortinajes de que colgaban ricos cordones y bellotas de oro, formando todo notable contraste con la gradería destinada al pueblo y que ostentaba solo sus desnudos y duros asientos, sus toscas paredes sin mas adorno que la piedra ó la madera.

A los piés del palco régio se veia el sòlio que debia ocupar doña Beatriz de Guzman, la bella de las bellas,

elegida por don Enrique en nombre de los caballeros castellanos y por Mice Roberto en nombre de los caballeros mantenedores, para reina del amor y la hermosura. Era un rico sòlio de marfil asentado sobre cuatro leones dorados y al cual conducian varios escaños cubiertos con muelles tapices de púrpura con franjas de plata. Hallábase este trono envuelto como en una nube, por una multitud de sedas, lienzos y banderolas que ostentaban sus caprichosas combinaciones de colores dominadas todas por el blanco y el carmesí que eran, como ya se sabe, los favoritos de la hermosa hija de los Guzmanes.

En cuanto al palenque no presentaba particularidad alguna. Ya hemos dicho que era un vasto cuadrilongo; en sus dos extremos se veian las puertas que debian dar paso una á los campeones y otra á los mantenedores. En el centro oriental, frente al sòlio de Beatriz y al palco de don Enrique se alzaban, sobre una plataforma bastante elevada para que pudieran dominar la liza, tres lujosas tiendas de campaña de terciopelo violeta, coronadas como por un penacho, por banderas con las armas de los caballeros mantenedores. Eran las tiendas de los nobles alemanes que debian sostener la lid contra cuantos se presentasen á combatirles.

A entrambos lados de la puerta de cada tienda dos picas clavadas en el suelo sostenian la una el escudo de paz y la otra la tarja de guerra del mantenedor; y segun que los campeones competidores herian el uno á la otra, demandaban la simple justa ó el sangriento combate.

Brillaba en todo su esplendor el sol del medio dia cuando las veinte y cuatro trompetas anunciaron con su marcial concierto, que el príncipe don Enrique salia de Segovia. En efecto, no tardó en aparecer la lujosa comitiva del heredero del trono, llevándole á él al frente, jinete en soberbio tordo, cuyas trenzas doradas barrieran el suelo y cuya rica gualdrapa deslumbraba á fuerza de oro y pedrerías. Precedianle mas de ochenta corceles equipados para la justa y montados por escuderos de honor que llevaban estandartes con las armas de sus dueños; seguianle, cabalgando en ataviados palafreñes, las damas con sus bellos prendidos y sus costosos trajes, los nobles con sus vestidos de gala ó sus lucientes armaduras si eran de los que querian tomar parte en el torneo. Finalmente, cerraba la comitiva una multitud de pages y escuderos tras los cuales iba la tropa de armados que debia guardar la puerta del palenque y distribuirse en las graderías para mantener el orden entre los espectadores.

Solo se hallaba á faltar en la lujosa comitiva, á un personaje, al noble don Juan Pacheco, marqués de Villena, el galan y ambicioso privado de don Enrique. Creian todos que si faltaba en aquel solemne festejo del lado de su señor, era por haberse confundido entre los competidores que debian disputar el premio á los alemanes, y no les pesaba por cierto al pueblo ni á la nobleza tener con esta ocasion una prueba del valor del marqués, al cual colocaba la fama en primera línea de los primeros caballeros de Castilla. Sin embargo, desvaneciése esta lisonjera ilusion, cuando circuló y se supo la nueva de que el privado de don Enrique se hallaba retenido en su palacio por una grave indisposicion que hasta amenazaba privarle de asistir como simple espectador á las justas de los tres dias.

Estrepitosas aclamaciones del pueblo que tenia desde hace tiempo ocupado el sitio que se le habia reservado en el palenque, saludaron la llegada de la noble sociedad que fué á colocarse en las galerías, mientras que, circuida de sus damas, subió Beatriz de Guzman, soberbiamente ataviada, deslumbrante de gracia y de hermosura, los escaños que guiaban al sòlio para ella destinado y hasta el cual la acompañó la mano galante del príncipe don Enrique, el primer observador en su reino de las leyes de caballería.

Cuando la hermosa reina del torneo hubo tomado asiento, golpearon los caballeros en sus escudos, sonaron su guerrera marcha las músicas militares, y hubo un momento de animacion y bullicio como solo pueden ofrecerlo tantos miles de espectadores animados por la zozobra, el deseo y la impaciencia.

El agudo son de los clarines puso fin á la algazara dando la primera señal. Todos se acomodaron en su asiento y esperaron.

Presentáronse los primeros en la arena los jueces del campo y despues los heraldos encargados de publicar las reglas del torneo y condiciones del combate.

No se separaban en nada de las que tenian por costumbre.

Las justas debian durar tres dias, siendo caballeros mantenedores, el primero los barones de Brunswik, de Zittirmen, y de Aubrik, el segundo los caballeros de Ofrechans, y Berk y el conde Baironforche, y el tercero los condes Gualtero de Vindeck, Rodolfo de Eretein y Roberto, señor de Balse. Estos tres últimos eran los mas famosos y los de mayor reputacion entre los caballeros alemanes.

Los mantenedores aceptaban el combate de cuantos se presentasen á retarles.

El que intentase medir sus armas con alguno de ellos, debia herir él mismo con su lanza ó uno de sus escuderos con una varita, cualquiera de los escudos colocados en la puerta de la tienda del que retar queria. Si era herido el escudo de paz, el combate debia ser con armas embotadas y corteses; si el de guerra, con armas de punta y á todo trance.

Cuando un caballero hubiese sido arrojado del arzon al suelo, debia declararse rendido si no podia levantarse sin ayuda de los escuderos.

Lo propio cuando en el combate con espada ó bacha, uno de los dos campeones retrocedía ante el otro hasta tocar la barrera con la grupa de su caballo.

Si la lucha entre dos caballeros llegaba á ser tan reñida y encarnizada que amenazara ser mortal, podían los jueces del campo adelantarse, cruzar las lanzas entre los dos campeones y dar por terminado el combate.

Inmediatamente despues de haber los heraldos desocupado la arena, ó el agudo son de los clarines rasgó el aire, abrióse la puerta y tres caballeros armados de todas armas aparecieron en la liza, quienes despues de haber saludado con gallardía al príncipe y á doña Beatriz de Guzman, dirigieron con gentil desenvoltura á las tiendas é hirieron los escudos de paz de los tres mantenedores. Eran los condes de Linares, Mendoza y Luna.

Fueron en seguida á colocarse en su puesto, no tardando mucho los señores de Brunswick, Zitzlirmen y Aubrik en presentarse á ocupar los suyos.

Dada la señal, arrancaron de una y otra parte los combatientes con inusitada furia yendo á encontrarse en medio del palenque. Cuatro de los competidores rompieron sus lanzas, y el de Zitzlirmen perdió los estribos á la terrible lanzada de su contrario el de Mendoza. Solo los de Brunswick y Linares conservaron sus lanzas que se habian mutuamente deslizado en el pulido acero, pasando en seguida de largo arrastrados por la carrera.

No nos entretendremos en describir minuciosamente las justas de aquel dia que fueron todas de honor y cortesía. Cuantos combatientes tomaron parte en ellas dieron grandes muestras de fuerza, valor y habilidad. Rompiéronse algunas lanzas y el honor de la jornada quedó indeciso. Todos, mantenedores y antagonistas, justaron con igual suerte, con igual valor, acreedores á igual premio. Hubiera pues sido altamente difícil señalar quiénes, de los castellanos ó alemanes, eran merecedores del lauro.

No así el segundo dia.

(Se continuará.)

**F. Bullier.**

Cada generacion que pasa por el célebre barrio latino de Paris, se dispersa al cabo de algunos años, pero sin olvidar jamás esa primera etapa de la vida. En medio de las reminiscencias de la enseñanza, la juventud encuentra tambien algunas imágenes de sus alegrías. Cuando se diseminan por todos los puntos de Francia los abogados, los doctores, los profesores, conservan mas de un grato recuerdo. Hace veinte años ¿quién no cocrocía en Paris al *père Lahire*? Hoy puede decirse igualmente: ¿quién no ha conocido al *père Bullier*, que acaba de bajar al sepulcro? ¡Lahire y Bullier! Dos personificaciones vivas del mundo estudiantil de nuestra época.

Mucho se ha escrito sobre M. Bullier, y su muerte ha dado márgen á muchas biografías donde no todo puede

considerarse como auténtico.

M. Bullier (Francisco) nació el 14 de setiembre de 1796 en Arnay-le-Duc, una bonita aldea de la Côte-d'Or. Su padre era rico, pero la tormenta revolucionaria le llevó su fortuna y entonces vino á Paris á tratar de restablecerla.

A principios de 1804 llegó á la capital con su hijo Francisco. ¡Vana esperanza! todas sus empresas fracasaron y el muchacho debió salir del colegio para aprender un oficio. Entró pues de aprendiz en el establecimiento de la señorita Jacquard, hermana del célebre Jacquard de Lyon. M. Bullier entró con un modesto empleo en el baile llamado de la *Chauvière*, en tanto que su esposa cuidaba del vestuario; y allí estuvo hasta 1843 en que se hizo dueño del Prado, otro baile de alegre memoria.

En 1847 adquirió la *Grande-Chartreuse*. Quiso cambiar el nombre del establecimiento, y como entonces se representaba con gran éxito el drama de Federico Soulié titulado *la Closerie-des-Genets*, adoptó el nombre de *Closerie-des-Lilas*, y para justificar la denominación plantó en el jardín mil pies de lilas.

La apertura de la *Closerie* tuvo lugar el 5 de mayo del mismo año. La transformación era completa: el aire y la luz abundaban bajo las nuevas bóvedas de aquel palacio encantado.

M. Bullier habia visto y leído mucho y deja sus Memorias; pero estas páginas íntimas no saldrán jamás del seno de la familia. Fué amigo de Murger y de Privat d'Anglemont. Privat decia:

— No me pongo guantes cuando voy á la *Closerie* porque conozco todas las manos.

M. Bullier era un hombre alegre y decididor y hasta sus últimos momentos conservó el carácter de toda su vida.

Sabia utilizar sus ocios; y así es que deja un gabinete de minerales, conchas y toda clase de curiosidades artísticas.

Tambien se distinguía por sus sentimientos filantrópicos: era miembro de varias sociedades de beneficencia y tenia dos camas en el asilo de su barrio.

La *Closerie* queda bajo la dirección de su sobrino M. Teodoro Bullier.

Ese era el hombre á quien la juventud llamaba el *père Bullier*. Todos los que le han conocido le han tenido cariño y estimación por su carácter y sus buenas prendas.

P. L.

(1) Solucion del número 293.

- 1 R 7ª Ra T 4ª TR
- 2 P 5ª AR A toma P jaque
- 3 C 6ª R jaque R 5ª R
- 4 A jaque-mate.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris.— Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil

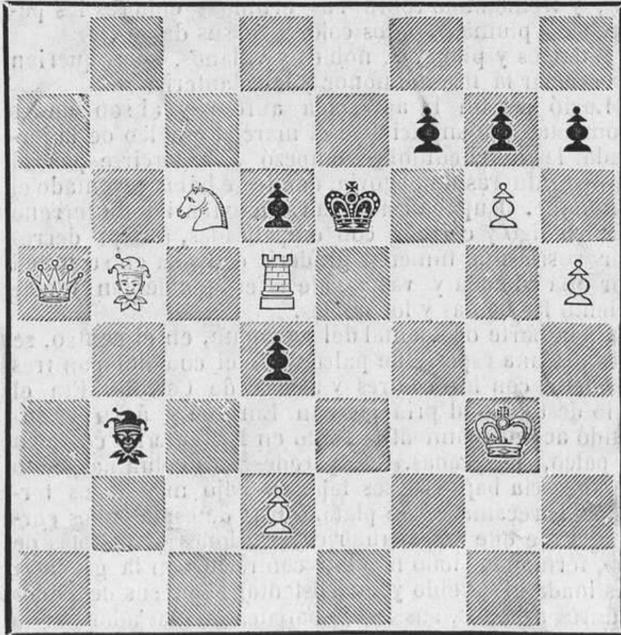


F. Bullier.

**Problemas de ajedrez. (1)**

PROBLEMA NÚMERO 294, POR M. VICTOR GORGIAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.